

CEDEC
FONS
A. VLADOT

CRITERIO



Revista de problemas contemporáneos

AÑO I

15 de noviembre de 1947

NUM. 2

EDITORIALES: Agradecidos. Al servicio de la paz. Al servicio del comunismo		COLABORACIONES: Arte español en Buenos Aires, por Eugenio d'Ors	10
HECHOS Y JUICIOS: La recuperación de Europa. Refrendo supremo. Con la mínima posibilidad. Fortaleza, sí; pero reforma social. Calamidad, y no por mi casa. La viga en el ojo propio. El general Perón viaja. Contra la política de dinero barato. El Premio Nóbel de la Paz. Cada uno en el suyo. No es cuestión de fechas	1-2	La difusión del existencialismo, por Leopoldo Eulogio Palacios	11
TEXTOS Y DOCUMENTOS: La depuración en el departamento de Estado de EE. UU. Derechos políticos a la mujer argentina	18	Suárez Veintimilla, el hombre de la ley	12
LO QUE ES EL PLAN MARSHALL	5-8	LIBROS DE HOY Y DE MAÑANA	13
Hacia una crisis universal del teatro	9	Panorama de la poesía española actual	14
		HOMBRE DEL DIA	15
		La nueva ley agrícola inglesa	16
		Los Estados Unidos, país racista	17
		Mucho en poco	19
		Cartas al Director	19
		DE LA ANECDOTA A LA HISTORIA	20

AGRADECIDOS

La prensa de toda España ha recibido con tanto interés o afecto tan efusivo el primer número de CRITERIO, que hemos de corresponder gustosos en sentidas palabras de sincera y honda gratitud, extensivas a los numerosos comunicantes individuales que se nos han dirigido como heraldos de nuestro futuro público y avanzada de nuestros lectores.

La amabilidad de muchos colegas quizá les llevó a omitir la crítica de CRITERIO que nosotros en nuestro fuero interno hemos formulado como propósito eficaz de perfección en el orden material y en el contenido de nuestro trabajo. Comprendemos que el primer número de CRITERIO es, por ahora, poco más que la materia prima de una posible futura gran revista de documentación, información y orientación, que esperamos ver lograda por nuestro esfuerzo, la colaboración de los lectores y el favor de Dios.

CRITERIO, cuyas columnas están abiertas para todo el que tenga algo interesante que decir, desea esa colaboración privada y pública de sus lectores, que nos ayudará a ir puliendo y rectificando la obra común de la revista hasta lograr que sea lo que ella debe ser y nuestro público, sin duda, espera.

No han faltado en el concierto de alabanzas voces que han expresado juicios adversos; pero a todos los incluimos sin reserva alguna en la misma gratitud, porque creemos que el diálogo correcto y caballeroso es un bien y que las cosas opinables, como lo es CRITERIO mismo, deben ser discutidas.

Precisamente cuando las materias opinables son accesibles a la discusión quedan más garantizados en la elevada esfera de lo indiscutible aquellos dogmas religiosos y postulados nacionales en los que todos coincidimos y cuya intangibilidad todos defendemos.

AL SERVICIO DE LA PAZ

La posición anticomunista

En las cinco palabras «al servicio de la paz» pueden resumirse las declaraciones hechas al periodista brasileño Asís de Chateaubriand por nuestro Jefe del Estado. Al definir la postura de España ante la presente coyuntura del mundo ha dejado establecidas las condiciones de una paz estable, en sus dos vertientes, en el fondo inescindibles: la específicamente supranacional y la interna de cada pueblo.

En cuanto a lo primero, España reitera su voluntad de cooperar con todas aquellas naciones que quieran el afianzamiento de la seguridad y de la concordia en las relaciones internacionales. El pueblo español—subraya el Generalísimo—, ese pueblo que sabe reaccionar contra toda injusticia y que, consciente de su derecho, se afirma en su legítima indignación y en su sereno desprecio ante los ataques externos, no quiere echar la menor leña al fuego de la hoguera universal y, en vez de esgrimir en su propia defensa documentos reveladores de reiteradas promesas sobre el respeto debido a su independencia, replica al mundo con sus honrados sentimientos de paz. Rotundo contraste el que ofrecemos con Rusia, la cual, lejos de ir atenuando las razones de su discrepancia con las otras potencias, las desafia con su osada política de hechos consumados, aviva los recelos, multiplica las ofensas y lleva al seno mismo de la Organización creada con el pensamiento de mantener la seguridad y la paz internacionales los más turbios manejos, haciendo de aquella una fuente de conflictos. España, consciente de su responsabilidad, vanguardia hoy, como ayer y como mañana, de la vieja civilización mediterránea, y abierta desde hace cinco siglos al horizonte inmenso del Atlántico, tiende su pensamiento y sus brazos hacia los pueblos de ambas orillas y se declara presta a «la defensa de la paz y de la seguridad en ese océano común» no por mero determinismo geográfico, sino por nobles impulsos del co-

razón puesto al servicio de una irrenunciable misión histórica.

Mas como no sólo de espíritu viven los hombres y los pueblos, explícate que se insista en la necesidad de que también en el orden económico se rearticule este quebrantado mundo. El plan Marshall—al cual dedica CRITERIO un completo estudio en este número—, «acto noble de la nación norteamericana y un sacrificio de los más eficientes en servicio y en defensa de la paz»—como con nobleza no siempre correspondida lo califica el Jefe del Estado español—, ha de apoyarse inexorablemente en una inteligencia generosa de los países del Nuevo y del Viejo Mundo, sin exclusión de ninguno y con acomodamiento a sus circunstancias particulares. España, incapaz de mendigar una ayuda, sobre todo cuando el precio de ella pudiera ser la merma de su legítima soberanía, no se recluye tampoco en su egoísmo ni deja de sentir la solidaridad material con el resto de las naciones que sufren. Si erróneo, a la par que injusto, es no invitar a España a las tareas activas de los organismos que buscan el mantenimiento de la paz, cuando pocas naciones como ella tienen tan probado su servicio a la misma, todavía resulta mayor error el pretender fragmentar la unidad económica que es Europa, dejando al margen de los planes de ayuda y reconstrucción a un pueblo que, si necesita el apoyo de los otros para el suministro de sus industrias productoras y la cobertura de determinados renglones de su consumo, puede, en otros muchos aspectos, ofrecer la riqueza de su suelo y el trabajo o la técnica de sus hombres.

Si todas estas consideraciones que se desprenden de las palabras del Caudillo merecen ser objeto de detenida reflexión, tal vez lo merezcan más aún las que conciernen a la otra vertiente de la paz, es decir, a la que se fragua en el interior de cada pueblo. Mientras que los perturbadores del orden social, los enemigos sistemáticos de toda auténtica liber-

tad humana, puedan socavar instituciones, envenenar a las multitudes, poner en riesgo los principios y valores espirituales de la convivencia, el mundo no gozará de paz. Más que mirar a las fronteras adelantadas en miles de kilómetros del Imperio ruso, lo que importa es descubrir y fijar las columnas filtrantes del comunismo en todas las naciones, porque son éstas las que con sus golpes de audacia y con sus cadenas de avances sucesivos y descomposición previa e interna tratarán de ganar «desde el interior y desde el Poder» una guerra más fácil y segura que la de los campos de batalla. En este punto, España—como en otro lugar de nuestra revista subrayamos—, España, que «a costa de sus propios sufrimientos tiene en esta materia una larga experiencia», puede constituir un elemento constructivo y un factor de colaboración no sólo en la mera actitud defensiva frente al ataque del marxismo totalitario, sino en el instante más imprescindible y fecundo del afianzamiento de un orden social y político justo y humano.

No es contradictorio afirmar esta ósmosis de lo interno y de lo internacional y sostener a renglón seguido, como el Jefe del Estado hace en la última parte de sus declaraciones, la obligación de respetar «el principio de la libertad de decisión de cada pueblo en lo que afecta a su propio régimen político». No es esto aceptar con ello los dogmas del nacionalismo arriscado, en pugna con la doctrina misma de la Iglesia católica y con la áurea tradición jurídica española, sino simplemente reconocer como es debido la personalidad moral de cada nación y la necesidad de garantizarle su ámbito de legítima autonomía, del mismo modo que dentro de cada Estado debe respetarse la legítima autonomía de cada persona, colectiva o individual. No hay contradicción, repetimos, porque afirmar la necesidad de defenderse contra las maquinaciones comunistas sin pedir una intervención internacional en los pueblos influidos por esas corrientes políticas es gritar un «alerta» a los pueblos sobre el riesgo del contagio. El viejo error racionalista del «traje hecho», de la constitución uniforme para todas las naciones, sea cual sea su estructura espiritual, económica, geográfica e histórica, está ya teóricamente superado, aunque todavía en la práctica conserve anacrónicos adeptos. La estructura jurídico-política de cada nación es asunto que incumbe a ésta. El establecimiento de un régimen, así como la evolución del mismo en ese perpetuo perfeccionamiento que ha de tener el orden de la sociedad terrestre para no transformarse en obstáculo de la vida misma y causa de muerte colectiva— así lo declara agudamente el General Franco al afirmar que «estacionarse es empezar a morir»—, no puede ser jamás impuesto desde fuera, sino que debe fluir del hontanar mismo de la idiosincrasia y el espíritu de cada pueblo. Sólo acatando esta realidad se estará en el recto camino de la concordia internacional. España quiere dar ejemplo con su actitud de respeto a los otros y, al mismo tiempo, con la exigencia de ser respetada ella misma en su irrenunciable per-

fil histórico. Porque ambas cosas entrañan el más eficaz servicio a la paz.

El espíritu del plan Marshall

El lunes próximo se reunirá el Congreso norteamericano para escuchar el mensaje del Presidente Truman sobre la ayuda a las naciones de Europa. No se conocen aún de un modo cierto las intenciones del Presidente, pero existe la esperanza en que el mensaje de Truman contenga algo más que la oferta de puñados de millones para aliviar el invierno y pida la aplicación desde ahora mismo del plan Marshall, conforme a las necesidades establecidas por la conferencia de París. Parece que se han introducido modificaciones, a fin de aplacar ciertas susceptibilidades del Congreso norteamericano, un tanto receloso ante las corrientes políticas que imperan en Europa. Así la ayuda se otorgará sólo para las necesidades de un año, sin comprometer a los Estados Unidos en subvenir a las de un cuatrienio, como propone el dictamen de la conferencia citada. De este modo pretende sin duda el Gobierno de Washington salvar esas susceptibilidades, dejando en manos de las Cámaras como un derecho de fiscalización anual sobre el empleo de los dólares, de los recursos alimenticios o las materias primas enviadas a Europa durante los doce meses.

Concesiones de este tipo son necesarias en el mecanismo político y el funcionamiento de los órganos gobernantes de Norteamérica. Es un país democrático, con un Poder ejecutivo fuerte y dotado de grandes atribuciones, y la representación popular ejerce un control, exasperante muchas veces, sobre los actos de su Gobierno—de la Administración, como dicen allí—. En este caso, esos recelos «del interior» se acrecen por los que despiertan los sistemas políticos de Europa y por las dificultades que encuentra un país joven y vastísimo en coordinar en un pensamiento común, dirigido y constante, sus ideas sobre la política exterior. Para las masas de Norteamérica, hasta hace muy poco, el mundo era demasiado grande y demasiado complejo.

Dos guerras sucesivas han colocado a los Estados Unidos en la cumbre, y desde allí, aun no queriendo, tienen que dominar el horizonte. Nunca se han recortado en él con tanta nitidez los peligros y las amenazas; nunca han podido sentir tan aguda la conciencia de los deberes que su propia fuerza impone a un gran país. Ciertamente, al socorrer a Europa los Estados Unidos atienden a su interés; ciertamente también, proveen a su defensa contra una eventual agresión, que ya se esbozó en lo que va de siglo y que ahora toma una forma más sutil y con toda probabilidad más infecciosa, que no mira tanto a combatir la seguridad material cuanto el espíritu.

Pero el problema es de mayor calidad, de mayor altura que el interés «que cuenta por los dedos», que las necesidades de la defensa armada y aun que dar de comer a pueblos desvalidos. El plan Marshall reducido a una «lista del tendero» no poseerá nunca el impulso necesario para levantar la opinión de América en favor de Europa. Por esta razón el Presidente Truman, al formular su doctrina como al encarecer sacrificios y al presentar esa lista de gastos, figura exterior de lo que solicita,

AL SERVICIO DEL COMUNISMO

Al cerrar el presente número nos llega la noticia de que no ha conseguido el «equívoco» necesario la proposición presentada contra España en la O. N. U. No obstante, quizá cuando este mismo número llegue a manos de nuestros lectores se haya encontrado otra fórmula enojosa para nuestra Patria que pueda salir a flote en el proceloso mar administrativo de dicha entidad.

La propuesta no era nada nuevo ni en el fondo ni siquiera en su trabajosa redacción. Y nada nuevo diremos tampoco por nuestra parte, pues no lo es la energía con la cual los españoles rechazamos toda injerencia extranjera en asuntos que sólo a nosotros nos toca resolver.

Ni hemos de repetir los razonamientos que se vienen aduciendo, desde el inicio de estos ataques a España, por nuestra prensa y por alguna extranjera que comprende la injusticia de que somos objeto.

Ni jurídicamente puede la O. N. U. tratar de intervenir en un pueblo que no pertenece a la Organización, ni con el pretexto de defender la paz puede atacar a una nación pacífica, ni es tolerable que una serie de representantes de gobiernos «Quislings», que fusilan a los conductores de la oposición o confinan a octogenarios jefes de partidos enemigos de los comunistas o de los países de los que tienen que salir huyendo políticos que se dejan a la secretaría entre las alambradas de la frontera, den el ejemplo del máximo descaro internacional motejando y calumniando a España. Esa fariseos, que dicen hablar en nombre del pueblo, quieren hacer al pueblo español los daños mayores con su propuesta de medidas drásticas, de las que sería la víctima primera.

CRITERIO, firme en su línea anticomunista, cara al enemigo universal de la cultura cristiana, tiene que dolerse de que a la osadía de Rusia y sus satélites no se responda más que con evasivos administrativos o dilaciones de trámite que envían el asunto de un Comité a otro sin que la verdadera cuestión, que no es la de España, sea atacada de frente.

CRITERIO, revista de problemas contemporáneos, registra este doble problema de nuestros días: de un lado, la falta de visión sagaz de quienes no ven la mano del comunismo en estos embrollos internacionales, y de otro, la carencia de gallardía en el ademán de quienes, siempre a la defensiva, no adoptan actitudes claras y acometedoras contra los secuaces de Moscú. Señalemos la excepción de la postura honrosa de la Argentina, precisamente elegida miembro del Consejo de Seguridad por una mayoría aplastante, y de las cinco repúblicas de nuestra estirpe hispánica que opusieron sus votos a la propuesta antiespañola.

En nombre de todos los españoles protestamos de la desconsideración que supone para nosotros, representantes de una cultura universal, creadores del mayor número de naciones independientes de la tierra, vernos llevados y traídos por lenguas y votos de países ignaros o que tienen mediatizada su independencia al servicio del comunismo.

ha tenido cuidado en poner de relieve las dos concepciones distintas de la vida que ahora se afrontan en el mundo.

Quizás muchos norteamericanos no sienten el problema ahora que faltan, para despertar su espíritu, las bombas sobre Hawái. Pero la batalla es la misma, agravada y aumentada por el desaliento, el desánimo y el hambre de los pueblos occidentales de Europa. El plan Marshall no sería nada si no hubiese de servir, ante todo, para restaurar el espíritu de los pueblos a quienes va destinado. Hay una omisión—imperdonable— a la que nos referimos en otro lado: la de España. Lo que ahora queremos decir es que sin el impulso ideal de solidaridad entre los pueblos cuyo espíritu se ha formado por siglos de vida cristiana no hubiera sido posible el plan Marshall, aun cuando los otros factores a que ya nos hemos referido hubiesen existido como existen ahora.

HECHOS Y JUICIOS

La recuperación de Europa

En otro lugar de este número se estudia la situación económica de los dieciséis países europeos que, respondiendo al llamamiento del general Marshall, han cifrado en la Conferencia de París la cuantía del socorro norteamericano en los próximos cuatro años.

Más de 22.000 millones de dólares habrán de desembolsar los Estados Unidos en ayuda de esos países para asegurar la recuperación parcial de Europa en el próximo cuatrienio. Y aun ese cálculo se basa en consideraciones de un optimismo tan subido, que es necesario destacarlas con un comentario. Se supone que los precios de julio de 1947 continuarán en el año próximo, y que en los siguientes, mientras los precios de los productos que Europa importa bajarán, los de los productos europeos se mantendrán firmes.

Que estos supuestos son harto aventurados, no hay necesidad de subrayarlo. Bastará que el dólar no conserve igual poder de compra—que suban los precios en Norteamérica—para que la ayuda a Europa haya de intensificarse en términos insospechados. Pero estas observaciones son puramente técnicas. Alguna otra se nos viene a los puntos de la pluma, y es que son estos países, cuya recuperación depende en grado tal de la buena voluntad norteamericana, los que en nombre de ruines prejuicios políticos han excluido a España de toda colaboración positiva en estas tareas.

Va es difícil concebir una unidad económica de la Europa occidental sin España. Pero al margen de toda consideración política, sin dejarnos guiar por más consideraciones que las estrictamente utilitarias de una razonable política económica, la que la empobrecida América requiere, harto subleba el pensar que con la vigésima parte de esa cifra empleada en nuestro país bastaría para nuestra recuperación y para aportar a esa misma Europa una ayuda importante. La mezquina política antiespañola de los reunidos en París encuentra en estas consideraciones su más adecuado comentario.

Refrendo supremo

Las ondas radiofónicas nos han traído, una vez más, con las palabras augustas del Sumo Pontífice, una ráfaga de luz y de legítimo gozo para nuestro corazón de cristianos y de españoles. Todavía nos rondaba—muy debilitado, es cierto—el recuerdo de unos injustos olvidos y mezquinos menosprecios en que incurrieron el pasado 12 de octubre algunos hombres públicos de otros países respecto a la obra de España en América.

Pero Su Santidad Pío XII, con solicitud de padre, no ha desaprovechado la primera ocasión de sacarnos generosamente la espina.

«Nada nos es más grato—ha dicho el Papa al embajador de Bolivia en la Santa Sede—que prometeros nuestra paternal ayuda, como nos la pedís, para el ulterior desenvolvimiento y progreso espiritual de vuestra amada patria y precisamente por aquellos medios principales que V. E., de modo tan clarivi-

dente, acaba de señalar como los más eficaces para la consecución de tal fin: enseñanza, familia, misioneros. Porque, en efecto, si Bolivia ostenta con tanto orgullo el glorioso dictado de católica se debe a que sus hijos, desde los tiempos en que Chuquiza era llamada la Salamanca americana y considerada uno de los centros intelectuales más luminosos de todo el continente, han gozado el dichoso privilegio de recibir una educación y una cultura cristianas; se debe a que en sus familias se han defendido celosamente contra extraños influjos deletéreos la castidad y la santidad indestructible del hogar cristiano, tal como fué trasplantado a esas montañas y a esos valles desde la austera llanura castellana; se debe, en fin, sobre todo, a que desde el primer español que posa sus plantas en territorio boliviano, el dominico fray Tomás de San Martín, su colonización fué siempre acompañada de evangelización y legiones de misioneros heroicos regaron con su sudor y hasta con su sangre esa tierra bendita, tan feraz para el cristianismo y tan amada de la Madre de Dios.»

Emocionalmente agradecemos al Vicario de Cristo el honorosísimo juicio; pero no quisiéramos pararnos en el paladeo de su regusto histórico, sino sentirnos estimulados y que se sientan todos los hombres de España—los jóvenes sobre todo—a renovar, en la coyuntura presente y en lo futuro que se nos abre, empresas del mismo cuño para la expansión del reino espiritual de Cristo en la carne viva de otras culturas y de otros pueblos. Porque ésta es la auténtica e irrenunciable misión de España en la historia universal.

Con la mínima posibilidad

Afirma Su Santidad el Papa en su discurso de contestación al del ministro de El Salvador cerca de la Santa Sede, en el acto de la presentación de credenciales, que al bien es cierto que "ningún entendimiento clarividente y juicioso" puede "valorar más de lo justo" las posibilidades que la tribuna de la O. N. U. ofrece para servir a la paz, "no es menos cierto que nadie que haya tomado a pechos, como una sagrada obligación, el luchar por una paz digna, deberá renunciar a servirse de esta posibilidad por muy limitada que ella sea".

Nos brinda el Papa nuevamente la norma que deben seguir todas las actividades encaminadas al servicio del bien: realizarlo en la medida de lo posible y utilizando los medios licitos que para ello se ofrezcan por muy limitados que fuesen. El desánimo ante la dificultad, el renunciar a hacer en vista de que se puede hacer muy poco, no ha sido nunca doctrina católica, porque el bien realizable, por mínimo que sea, tiene siempre un peso y un valor. La actitud puramente negativa y de inhibición ante una realidad presente deja el campo libre al mal, por una parte, y no permite, por otra, colaborar en el bien.

El Papa llega a aconsejar en su discurso que se persiga la tarea por la paz aun en aquellos instantes en que se tenga la sensación penosa de estar clamando en el desierto. Y es que no hay

desierto absoluto ni dejan nunca de existir parcelas de tierra fecunda—acaso más de las que se piensa—en las que pueda arraigar la semilla lanzada al viento.

Fortaleza, sí; pero reforma social

Los últimos acontecimientos electorales de Francia y de Italia, el retorno de Inglaterra hacia el conservadurismo y el fortalecimiento de diversos Gobiernos americanos contra los excesos demagógicos y la intriga comunista, son síntomas más que sobrados para probar que los pueblos, salvo en momentos de desaconsejada historia, tienden a elevar a quienes les garanticen fortaleza desde el Poder y claridad en sus actitudes públicas.

Posiciones claras y actitudes fuertes podría ser la divisa o consigna—"slogan", como ahora se dice en lamentable extranjerismo—que campeara al frente de todos los movimientos triunfantes en los distintos países que hemos enumerado.

Pero no conviene olvidar que si no se realiza una fecunda obra de reforma social que alumbre nuevos modos para la convivencia económica entre los hombres, esos períodos de Gobiernos fuertes no serían sino expedientes dilatorios, que no evitarían jamás lo inevitable.

No queremos escribir con la intención fatídica de las palabras del banquete de Baltasar ni aguar con nuestras reservas fiestas ni triunfos. Pero sí debemos advertir que los períodos de orden y de calma, proporcionados por gobernantes que saben mantener con energía y decoro los prestigios de la autoridad, son los más a propósito para acometer y realizar reformas sociales bien hechas que luego se perpetúan fecundas.

Calamidad y no por mi casa

Es el obispo anglicano de Rochester el que tilda de «calamidad» el número de divorcios que se registran en Inglaterra. Para remediar el daño sugiere el señor obispo de la Iglesia anglicana que se examine de nuevo la doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio.

Nos parece que la doctrina está ya suficientemente clara y no ofrece duda de ningún género. Pero el obispo anglicano de Rochester piensa, indudablemente, que los males del libre examen con el libre examen se curan. Ha de costarle mucho reconocer que en cuanto se pierde de vista la concepción fundamental del matrimonio como sacramento sobreviene la calamidad del divorcio y con ella otras muchas calamidades. Es el propio anglicanismo el que lleva en su ser el mal que quiere combatir. Por algo fué engendrado bajo la égida de un monarca al que molestaba extraordinariamente la indisolubilidad del matrimonio.

Veán los protestantes la manera de combatir la calamidad que sobre ellos ha caído; pero no pretendan llevarla donde nunca la hubo ni quieran desviar hacia la casa ajena lo que tan mal les resulta en la propia.

La viga en el ojo propio

En cierta ocasión, un pensador anglosajón reprochó amargamente a sus compatriotas el que éstos censuraran a los nacionalsocialistas alemanes, como si el III Reich hubiera hecho otra cosa, decía, que vestir de uniforme ideas de procedencia anglosajona. Espontáneamente viene a la memoria el reproche cuando el escrito de los negros norteamericanos a la O. N. U. en demanda de los derechos humanos protectores de las minorías raciales, que les niega su país, nos recuerda también

que ciertamente no terminó todo racismo con el final de la segunda guerra mundial.

Que el comunismo se aproveche gozosamente de la situación, deseoso, como siempre, de pescar en las aguas revueltas y spuntarse el tanto posible de unas masas de color en pie contra la gran potencia capitalista, si bien es de lamentar, no obsta a la inicial justicia de la queja. Donde de cuatro millones y medio de trabajadores negros sólo una proporción, que ni aun llega al 3 por 100, logra acceso a las profesiones liberales; donde, como sucede en los Estados del Sur, se priva a los electores de color, por medios más o menos hábidosos, de todo derecho electoral; donde el linchamiento no ha desaparecido todavía, y la separación racial subsiste en el Ejército, en la Marina y en las carreras burocráticas, y se prohíbe al negro viajar junto al blanco, y hay ascensores para negros y por doquier asoma la "línea de color", barrera rígida entre las dos razas, existe un fundamento serio, sin duda, para que los hombres víctimas de tal discriminación se sientan vejados, y más al ello tiene lugar en un país que blasona de democrático y que, en calidad de tal, no ha dudado en erigirse desenfadadamente en juez de naciones tan entrañablemente antirracistas como la nuestra, en la que data de siglos la equiparación con los españoles de los indígenas entonces recién descubiertos en la que hoy es América.

Cierto es que la Comisión de Derechos Civiles, instituida hace poco tiempo por el Presidente Truman, ha recomendado al Gobierno federal la adopción de medidas encaminadas a poner término a esa situación. La actitud de un Estado que así confiesa sus faltas es noble y rompe dichosamente una tradición racista secular. Que los buenos desearan cristallos en hechos y que no pueda seguirse diciendo de los Estados Unidos lo que hasta hoy: que señalaban la paja en el ojo ajeno, pero no veían la viga en el propio.

El general Perón viaja

No es aún tiempo de juzgar con la necesaria perspectiva la política exterior del general Perón; pero sí cabe observar que algo va cambiando en América a partir de hace año y medio: hay los suficientes indicios para percatarse de la transición de un sistema de monopolio político continental a otro de equilibrio.

Por muy cordiales que aparezcan en la superficie las relaciones argentinonorteamericanas, no se puede olvidar la pugna de intereses que late en el fondo. La disyuntiva "Perón o Braden", que el mismo Perón lanzó como consigna máxima en su campaña electoral, significa que el Presidente argentino ha definido su política desde su misma raíz como política de independencia, principalmente frente al predominio de los Estados Unidos.

Perón sabe que la bandera antilperialista es una bandera eminentemente popular en Hispanoamérica, y sabe que renunciar a ella es renunciar a gran parte de su popularidad.

Sin embargo, la Argentina acabó adhiriéndose al acta de Chapultepec y hoy gira plenamente dentro del sistema panamericano. ¿Puede significar este cambio una cesión del Presidente argentino en su postura frente al influjo continental norteamericano? Más probable es que de las dos posturas que la Argentina podía tomar en esta pugna—intransigencia y aislamiento o combate desde el mismo bastión del panamericanismo—, el general Perón ha creído tener poderosas razones para optar por la segunda. Con esta postura, la Argentina puede luchar por hacer efectiva la igualdad de derechos entre las naciones americanas.

Hasta ahora ninguna voz se había levantado para hablar de igual a igual con los Estados Unidos. En Petrópolis ha empezado a sentirse un cierto diálogo. Esta voz de la Argentina será más fuerte a medida que tenga más ecos. Su resonancia estriba en los votos que la apoyen. De aquí el interés argentino por ganarse la voluntad de los países limítrofes.

En este punto, la política internacional de Perón es absolutamente inédita en Hispanoamérica. El Presidente Perón viaja y se entrevista con los

Presidentes de las naciones vecinas. La Argentina parece encontrarse completamente libre y desembarazada para iniciar este juego de entrevistas personales y de acercamiento de República a República. En el extremo sur de América se van creando lazos de amistad que permiten apreciar un futuro bloque—cuya primera voz será la de la Argentina—dentro del continente americano.

El acuerdo aduanero argentinochileno, recibido con alarma en los Estados Unidos; la entrevista con Dutra en Uruguayana, que acabó con la tradicional pugna argentinobrasileña, y los posteriores encuentros con el Presidente chileno y con los de las restantes Repúblicas limítrofes hasta el reciente viaje a Bolivia, señalan bien claramente la decisión del general Perón de crear un núcleo de naciones hispanoamericanas con que equilibrar en plano de igualdad a la prepotencia de la Confederación del Norte.

Este, parece indudable, es su propósito. Por ahora, lo que resulta bien palpable es que de los esfuerzos de Braden por crear un cerco de enemistades en torno al régimen argentino no va quedando nada, porque las circunstancias internacionales y la prudencia política del general Perón se han encargado de deshacerlas.

Contra la política de dinero barato

Desde hace unos días, España se ha incorporado a la política, casi universal, de encarecimiento del dinero. Frente a las aspiraciones de los discípulos más extremados de lord Keynes, teóricos arbitrarios que han pretendido violentar todo el desarrollo económico, reduciendo a un mínimo los tipos de interés, esta nueva política de crédito retorna a un sentido más tradicional del valor del dinero dado a préstamo. Con ella la diferencia de estimación entre los bienes presentes y los futuros se acentúa. Esa distinción, que una política económica un tanto arbitraria pretendió anular, recobra nuevamente todo su viejo y prudente sentido. Y en cuanto posible síntoma de un retorno al saneamiento monetario es muy grato poder recoger este testimonio.

Toda política que se enfrenta con las ilusiones del dinero barato tiene un claro sentido de la necesaria continuidad del esfuerzo económico, de la dificultad y duración de los procesos de producción, de la imposibilidad de alterar bruscamente la relación entre acreedores y deudores entre las diversas clases sociales, y es digna, por tanto, de los mejores estímulos.

Son, por consiguiente, toda una gama de condiciones, quizás bastante olvidadas, las que se revalidan más o menos conscientemente al rectificar la anterior política crediticia; sus efectos, incluso, pueden trascender del campo económico y percibirse bien pronto en el social. Y nos complace, por último, recordar que fué una mente tan llena de sentido español, tan plena de espíritu cristiano como la de Ramiro de Maeztu la que subrayó muchas veces la importancia de estas sanas bases económicas de la sociedad al acuñar su hermosa frase del "sentido reverencial del dinero".

El Premio Nóbel de la Paz

Una vez más la concesión del Premio Nóbel de la Paz tiene la virtud de lanzar a los abismos del asombro al espectador imparcial de esta asombrosa vida moderna. Porque, una vez más también en la ya larga historia de los Premios Nóbel, el supremo galardón de las empresas pacíficas es entregado a personas o entidades cuya labor en pro de la paz es tan subterránea, insaprehensible y misteriosa, que sólo es conocida por la aguda perspicacia del Parlamento noruego. A ello se debe que el mundo, que ignoraba casi en absoluto la existencia siquiera de las organizaciones premiadas—la Comisión del Servicio Americano y el Consejo del Servicio de la Amia-

tad, de Londres—, haya necesitado una larga explicación de los motivos que llevaron a los diputados noruegos a la concesión del Premio Nóbel de la Paz de 1947. Según parece, los méritos de la sociedad Inglesa residen en sostener escuelas donde se educan 15.000 niños, y los de la sociedad americana, en haber auxiliado con alimentos a 45.000 familias francesas y haber enviado a Europa cinco millones de kilos de ropas usadas. Otro gran merecimiento une a ambas organizaciones en su aspiración al premio: la tenaz negativa de sus miembros a participar al lado de sus camaradas en las batallas de la última guerra.

Pero no basta esto para hallar gracia ante los ojos del Parlamento de Oslo. Era necesaria otra condición que abriera la puerta secreta de los Premios Nóbel de la Paz: la devoción de los candidatos a un mundo de ideas detestadas, a ciertos principios religiosos y políticos fanáticamente guardados en el arca santa del reino nórdico. No hay que olvidar que sociedades protestantes son las premiadas hoy; que otra sociedad protestante, la Y. M. C. A., obtuvo el año pasado el Premio Nóbel en la persona de su presidente, y que en 1945, cuando la obra pacífica del Papa alcanzaba sobre las ruinas de la guerra su más entrañable sentido, el Parlamento nórdico—luterano y antirromano—pesaba seriamente los derechos que, entre otros candidatos, tenía Stalin para obtener el Premio de la Paz...

La obra de paz de la Santa Sede, la hazaña perenne de los misioneros, la labor benéfica de las organizaciones católicas, la acción caritativa de las Ordenes y Congregaciones religiosas, han sido olvidadas ante los "destacados" y a la vez ignorados méritos de los cuáqueros americanos y una sociedad pacifista londinense. Una vez más las brumas del Norte no han comprendido o no han querido comprender la claridad meridiana del espíritu católico ni han sabido distinguir la diferencia que separa infinitamente la filantropía de la caridad.

Cada uno en el suyo

Informan de La Haya que un diario católico de aquella capital ha firmado un contrato con otro diario izquierdista avanzado, en virtud del cual ambos se comprometen a publicar todas las semanas un artículo escrito por redactores del diario adverso.

Siempre nos han agradado cuantos hábitos tiendan no sólo a procurar la mayor paz y la más caritativa convivencia entre los hombres, sino también aquellas iniciativas que, aun en trances de discrepancia o en episodios de lucha, hagan la rivalidad menos dura y dolorosa. Díjase que la Humanidad debe buscar un desquite o regeneración después de tantas y tan crueles enormidades como ha vivido en los últimos años y todavía arrastra hasta el presente. A los contemporáneos de todas ellas, nos parecen enteramente legendarias finezas bélicas como aquella previa a la batalla de Rocroy.

Pero en el caso de los periódicos holandeses creemos mejor y hasta más lógico que cada cual de los redactores escriba en su diario, teniendo presente que es más eficaz y también más difícil guardar la corrección frente al adversario cada día que no pasar una vez a la semana apuros para escribir dentro del cercado ajeno, donde siempre lo que se diga resultará un enclave hostil o, por lo menos, desentonado.

Intransigencia siempre en los principios, pero corrección y hasta caridad en el cotidiano empleo de las plumas periodísticas, es la mejor fórmula que podríamos brindar a nuestros colegas holandeses.

No es cuestión de fechas

Respecto a la carta de don César A. Guillino, que con gusto publicamos en la correspondiente sección, hemos de aclarar un punto solamente. Lo que nosotros hemos discutido es lo que nuestro comunicante parece dar por sentado. No dudamos de que exista una fiesta italoamericana anterior a la Fiesta de la Raza. De lo que dudamos es de que la participación de Italia en el descubrimien-

LO QUE ES EL PLAN MARSHALL

NACIMIENTO Y PRIMEROS PASOS

Quizás no sea aventurado suponer que la idea del plan Marshall nació durante la conferencia de Moscú, cuando, en la primavera de este año, las cuatro grandes potencias quisieron redactar las bases de la paz con Alemania y de concluir el tratado de paz con Austria. No consiguieron lo primero, erizado de dificultades, ni lo segundo, que parecía, sin embargo, tan sencillo. Ninguno de estos dos fracasos, con todo, despertó tanto interés como la actitud de la U. R. S. S. respecto a las ofertas norteamericanas de garantizar la paz en Europa. El balance de aquella conferencia se puede establecer así: Rusia estaba decidida a permanecer en los países que ocupaba y quería impedir a toda costa que Norteamérica tuviese en los litigios europeos un derecho de intervención. Para lo primero había de dilatar la conclusión de la paz con Austria, ya que de este modo se mantenía la ocupación soviética en la cuenca del Danubio y en los Balcanes; en el intento de conseguir lo segundo se negaba el Kremlin a firmar el tratado de garantía contra toda agresión alemana, en el cual la firma de los Estados Unidos—lo había demostrado la guerra, y Rusia lo conocía mejor que nadie—era el todo.

Subrayaban estos propósitos las exigencias soviéticas en la negociación del nuevo tratado de amistad anglo-ruso, en las que aparecía manifiesto el designio de separar a Londres y Washington mediante la inserción de cláusulas equívocas y generales que en un momento determinado podían obligar a Inglaterra a tomar posición contra la política norteamericana. No hay que olvidar que esta política acababa de expresarse mediante lo que se llamó la doctrina Truman: promesa de apoyo directo a los Gobiernos democráticos amenazados desde el exterior y aun, por la fuerza, desde el interior.

La invitación a Rusia

No puede extrañar, pues, que en su discurso del día 4 de junio en la Universidad de Harvard, al ofrecer la ayuda a Europa, las frases del secretario de Estado norteamericano dejasen implícitamente a Rusia fuera del plan o, por lo menos, fuesen tan oscuras, que se prestaban a esa interpretación. El general Marshall había hablado "ex abundantia cordis." Sus palabras dijeron lo que sentía, aunque quizás no fueran expresión fiel de lo que pensaba. En cualquier caso, dada la situación de entonces en Europa—aun no se había constituido la Cominform ni había perdido Rusia sus ilusiones respecto a las probabilidades de reconstruir el Frente Popular—, la oferta de Marshall, al excluir a Rusia, cuyas necesidades y cuyos destrozos igualaban o sobrepasaban los de cualquier otra nación beligerante, había de encontrar obstáculos, de ser aceptada. Las cancelerías europeas, pese al hambre de dólares, que ya era bien aguda, vacilaron antes de recoger la tenta-

to de América fuese tan importante como el señor Gullino parece pensar. Y no prescindía el señor Gullino del asunto de la nacionalidad de Colón, porque si prescindimos de la partida de bautismo de Génova, apenas queda entonces posibilidad alguna de relacionar a Italia con el 12 de octubre.

No creemos que el restablecimiento y defensa de verdades indiscutibles pueda alterar en lo más mínimo la buena amistad entre los pueblos. La empresa del descubrimiento de América es empresa española. La empresa de la colonización, muy superior todavía a la del descubrimiento, es empresa española. Quiérase o no. Y de que no se quiera es precisamente de lo que nos hemos ocupado en nuestro número anterior. No es cuestión de fechas ni dirigimos nuestra censura a Italia. Esto es lo que su celo patriótico le ha impedido advertir a nuestro amable comunicante.

dora proposición del secretario de Estado norteamericano. Pero días más tarde, en una conferencia de prensa, el general Marshall puntualizó que su invitación y su propuesta de ayuda no excluían a la U. R. S. S.

Inmediatamente tomó Bevin la iniciativa. Dentro de su situación privilegiada respecto a las demás naciones del continente, Inglaterra buscaba dólares, si no con tanta urgencia, por lo menos con el mismo volumen de necesidad a que las demás potencias de Europa. Aparte de eso, correspondía al rango y a la importancia del Foreign Office tomar la dirección del movimiento que debería reunir a Europa en un esfuerzo y una oportunidad de restaurar su economía y rehacer su hacienda que quizás no volviese a presentarse. Y quizás no sea exagerado escribir que era también una oportunidad de rehacer y restaurar su espíritu.

Cuarenta y ocho horas después de aclarada la duda respecto a la U. R. S. S. llegaba Bevin a París en aeroplano. Para entonces ya se conocía aproximadamente la respuesta que habían de dar al llamamiento de Inglaterra y a la oferta de Marshall la mayor parte de los Estados de Europa. Detrás de la cortina de acero, tan sólo las dos naciones colocadas, por decirlo así, en las rendijas—Checoslovaquia y Finlandia—, manifestaron voluntad de colaboración. Rusia se había encerrado en un silencio absoluto. Sólo se podía colegir su actitud por los comentarios brutalmente hostiles de los partidos comunistas del Occidente y las voces de las radios moscovitas denunciando el "imperialismo del dólar".

Los argumentos de Molotov

Con todo, Molotov aceptó la invitación de reunirse en París con Bevin y Bidault. Acudió con un séquito no pequeño de técnicos y de secretarios. Mas desde las primeras palabras quedó manifiesta su intención. No acudía para aceptar o discutir el plan Marshall, sino para poner todo su esfuerzo en conseguir que fracasase. Rusia creía que la oferta norteamericana tenía por objeto someter al "imperialismo del dólar" a toda Europa. Veía en él un peligro para la independencia de los que aceptasen esa forma de ayuda. La U. R. S. S. juzgaba admisible solamente los empréstitos directos de los Estados Unidos a cada país que los solicitara y los obtuviera, siempre que las condiciones de esa ayuda no estorbasen el desarrollo libre de las economías nacionales. Rusia era una economía socialista, y no podía tolerar que desde fuera se le exigiesen condiciones contrarias a sus principios. Y le parecía evidente que un plan como el que se preparaba por la conferencia de París había de estar lleno de amenazas para la independencia de las naciones contratantes. Porque, vino a decir, una conferencia internacional y un plan de esta envergadura han de ser forzosamente algo más que una "lista para el tendero". Como única proposición positiva ofrecía encomendar la propuesta Marshall a la Comisión Económica Europea de las Naciones Unidas. Es indudable que esta transacción ofrecía la ventaja de reunir en torno a una mesa a todas las naciones del Este y del Oeste; pero ni los métodos de trabajo de la Comisión ni la actitud de Rusia en París recomendaban que se aceptase. No había tiempo que perder. La U. R. S. S. tenía que contestar sí o no; lo que los países del Occidente no podían arriesgar era la afirmación seguida de adversativas que trabajosamente se desvaneciesen mientras en Washington se perdía la oportunidad, una oportunidad cuya fecha tope sería el 1 de diciembre. Un mes después, los Estados Unidos entraban virtualmente en la campaña electoral.

Después del lenguaje que han usado los rusos en la reciente conferencia de las Naciones Unidas, ya no es posible ponderar la violencia de las palabras de Molotov en París. Pero aquella vio-

lencia, más aún que los argumentos, demostró hasta qué punto se sentía Rusia herida por la propuesta norteamericana y los temores y recelos que despertaban en el Kremlin las perspectivas de una Europa en recuperación, curando sus heridas y trabajando de común acuerdo y de acuerdo con los Estados Unidos. No conservó siquiera la serenidad necesaria para fingir una aceptación y practicar durante unos meses—que en la urgencia de la situación podían representar el fracaso del plan—un juego dilatorio de aplazar, de estorbar. Y es que le importaban las cuestiones de principio—la intervención de los Estados Unidos en Europa y la reunión económica del Occidente—tanto o más que los resultados beneficiosos que pudieran seguirse de ello, aunque en el estado actual de la opinión europea estos resultados y sus efectos no fueran desdeñables para quien ha hecho de la agitación social y del malestar un arma y cuenta en cada país con seguidores dispuestos a fomentar todos los elementos de desorden.

Después de la reunión tripartita, Rusia abandonó los trabajos de París y obligó a sus satélites a tomar la misma actitud. Nunca se puso de manifiesto tan claramente la coacción moscovita sobre el oriente y centro de Europa—sobre el oriente sí, como es casi de rigor, consideramos que Europa termina en la frontera de los soviets—. Yugoslavia, Bulgaria y Albania se negaron, sin que aparentemente se mostrase la coacción del Kremlin; Hungría, Rumania e incluso Polonia mostraron una vacilación apenas perceptible; Finlandia dejó en suspenso su aceptación hasta que desde Moscú le intimaron la negativa; Checoslovaquia, que había aceptado, retiró su asentimiento, haciendo constar que no le era posible tomar una actitud contraria a los deseos de Rusia.

Quedaron en París dieciséis potencias: Inglaterra, Francia, Italia, el Benelux-Holandia, Bélgica y Luxemburgo, Suecia, Noruega, Dinamarca, Grecia, Austria, Irlanda, Portugal, Turquía, Suiza, Islandia y las zonas de Alemania ocupadas por las potencias occidentales y representadas por ellas. Los delegados de estos países formaron cuatro comités, y el trabajo de ellos se ha concretado en el documento que se analiza y se resume en el trabajo que va a continuación. Ciertamente, este dictamen no es mucho más que la "lista para el tendero" a que aludió irónicamente Molotov en la reunión de París. Los delegados han recopilado las necesidades más perentorias de Europa durante los cuatro años próximos y las ofrecen al Congreso norteamericano, que es, en definitiva, quien ha de decidir sobre los créditos indispensables para la aplicación del plan. Incluyen también, porque era necesario, lo que pueden aportar las naciones europeas, aunque es bien poco.

Es interesante mencionar, aunque el tema no pudo ser discutido con detención por ser demasiado complejo, el proyecto de realizar la Unión Aduanera de Europa. Belgas, luxemburgueses y holandeses ofrecían su propio ejemplo como prueba en favor de acuerdos de ese tipo. Los norteamericanos que estaban presentes, aunque oficialmente no estaban representados, no ocultaron su simpatía por la idea, que coincidía bastante bien con la que ellos se hacen de las conveniencias del mundo y de Europa para la normalización de las relaciones comerciales. Pero el problema es, ya decimos, demasiado complejo para que fuese resuelto en una reunión de días, y han de vencerse muchas dificultades, anular muchas conveniencias y derribar no pocos obstáculos de intereses nacionales y aun de prejuicios antes de que pueda ser una realidad. De todos modos, en estos días se ha inaugurado en Bruselas una conferencia, a la que asisten 22 naciones, para discutir el tema.

El problema norteamericano

En cierto modo, el problema dentro de los Estados Unidos no es menos arduo que el planteado dentro de Europa. Hay un abismo, ciertamente, entre las ideas corrientes en América sobre la economía y las que profesa y practica la U. R. S. S.;

pero, aunque sea menor, no se puede negar la repugnancia que el mundo de los negocios norteamericanos siente hacia los regímenes de intervención estatal y burocrática, predominantes en Europa. Los doscientos diputados y senadores de Norteamérica que han recorrido nuestro continente durante las vacaciones parlamentarias han sembrado los periódicos de anécdotas más o menos irónicas, y aun agrías, acerca de la desgana con que se trabaja en algunos países y los impresos que cuesta obtener unas vigas, unas toneladas de cemento o unos carriles.

Esta repugnancia es tan viva, que oscurece en algún momento los deberes, los intereses y los errores cometidos por la política norteamericana. Es difícil hablar de deberes, pues aunque en la posición que los Estados Unidos ocupan en el mundo puedan éstos parecer evidentes, el que atienda solamente a las cifras puede adquirir el convencimiento de que los han cumplido ya. Dejemos a un lado la cancelación de las cuentas originadas por la ley de Préstamo y Arriendo, de cuya generosidad no puede dudarse; quedan los créditos y donativos que han salido de la Tesorería norteamericana para dar a Europa las primeras ayudas. La suma de todos ellos llega casi a la cifra establecida en París para los cuatro años venideros. Son 23.000 millones de dólares. La U. N. R. A.—la organización de socorro que se creó después de la guerra—derramó sobre el oriente y el centro de Europa—incluida Rusia—2.700 millones; paralelamente a esta organización, el Ejército norteamericano gastó 3.000 millones en auxiliar a la población civil de las naciones que ocupaba; la ley de Préstamo y Arriendo, prolongada por unos meses después de terminada la guerra, ya en forma de empréstito costó 2.500 millones de dólares; el empréstito a Inglaterra asciende a 3.750 millones de dólares; el Fondo Monetario Internacional envió a Europa—créditos también—cerca de 3.000 millones. El resto se ha distribuido en empréstitos o créditos más reducidos por diversas naciones, grandes y pequeñas, de Europa.

¿Cuáles han sido los efectos de esta masa de dólares sobre la economía europea? Apenas se puede dar otra respuesta que la de que han permitido comer y vivir día por día. Nada más. La recuperación de Europa no ha llegado, en parte seguramente porque los norteamericanos tuvieron demasiada prisa en despojarse del arnés, en aplicar criterios para juzgar y normas para la acción, buenas en tiempo de paz y en su país. Trataron de establecer una política de pueblos sanos cuando la otra parte no había llegado siquiera a estar convaleciente. Pero—y esto es lo más grave—no se habían equivocado en el tratamiento, sino en el diagnóstico.

Hasta cierto punto, el plan Marshall es una rectificación. Pero el secretario de Estado conoce las dificultades interiores con que ha de luchar, y esto explica algunas de las modalidades de su acción. No ha querido proponer la ayuda Estado por Estado, lo que haría más fáciles y más agudos los reproches de que hemos hablado anteriormente. No. El secretario de Estado, cuando pronuncia su discurso de Harvard, tiene ante su vista la visión de Europa, que acaba de recorrer, y piensa en todo el continente destruido. Tampoco propone él un plan: reclama de las potencias europeas que tomen ellas la iniciativa y que expongan no sólo lo que les es necesario, sino también la medida y la calidad en que ellas pueden contribuir. De este modo, la acción que se medita pierde un tanto—muy poco, si de luego, y más en la apariencia que en la realidad—el carácter de gesto unilateral en el que los Estados Unidos lo van a poner todo. Pide de Europa, sobre todo, un acto de voluntad, algo más que, como hasta ahora, tender la mano para comer aquel día.

Añí le ha de ser más difícil al Congreso norteamericano desoir la voz de su Gobierno, que tiene más clara, más aguda y más precisa la visión de las necesidades del mundo actual. Por esta misma razón, el Presidente Truman quiso poner ante los ojos de sus compatriotas no sólo el dictamen de los europeos, sino también el de los propios técnicos norteamericanos, y para ello nombró tres comités encargados de estudiar diversos aspectos de la oferta Marshall y dictaminar no sólo sobre las necesidades de Europa, sino también sobre

las posibilidades de América. El más importante de esos comités acaba de emitir su dictamen poniendo de manifiesto lo que puede hacer la economía norteamericana y las necesidades interiores que será preciso tener en cuenta para no engendrar una crisis interna. En sustancia, dice que Norteamérica está en condiciones de conceder a Europa la ayuda que ésta solicita, pero que será necesario tomar algunas precauciones para evitar que repercuta dañosamente sobre la economía de los Estados Unidos. Aparte de esta reserva, señalan como cifra máxima de dólares en los proyectos de ayuda la de 17.000 millones—inferior en 5.000 millones a la solicitada en el informe de la conferencia de París—, dan preferencia a la ayuda que se pueda prestar a los agricultores de Europa y recomiendan que no se pongan condiciones políticas a esa ayuda. ¿Y España?

El general Marshall, por su parte, ha modificado estas cifras y ofrece a Europa una cantidad intermedia entre el documento de la Comisión norteamericana y el de la Comisión europea. Según este plan, que es en definitiva el verdadero plan Marshall, los detalles son:

1. Ayuda provisional y urgente: 42 millones para Austria, 328 millones para Francia, 227 para Italia. De esta manera se podrá hacer frente a la situación hasta el 31 de marzo.
2. Plan Marshall (de 1 de abril de 1948 a 30 de junio de 1949). Cálculo provisional: Una cifra que esté cerca de los 1.500 millones para el último trimestre del año fiscal de 1948 y otra que sea algo inferior a los 6.000 para el año fiscal de 1949.
3. Plan Marshall completo. La cantidad deberá ser de 16.000 a 20.000 millones.

LAS CIFRAS

En un discurso del pasado junio llamado a adquirir una resonancia histórica, el general Marshall ofreció, desde la Universidad de Harvard a los pueblos europeos la ayuda financiera y el apoyo económico de los Estados Unidos para poner fin a

El secretario de Estado pidió una "fuerte dirección administrativa central" del programa de ayuda y también ha reclamado "un alto grado de compenetración entre las operaciones, tanto interiores como exteriores".

No pone el plan condiciones políticas, pero si parece que se exigirán a los países que reciban la ayuda reformas financieras o reformas fiscales.

Cualesquiera que sean los riesgos que ofrezca el plan, son probablemente menos ciertos que los que presenta para los norteamericanos consentir que Europa acabe de caer en el precipicio. El ambiente de prosperidad y de riqueza en que ahora viven los Estados Unidos, pese a los riesgos de la inflación que existen, oculta probablemente a los ojos de algunos críticos el interés norteamericano en la restauración de la economía europea. Probablemente, si una crisis rondase a la nación, tan cercana que sus efectos apareciesen visibles, la actitud de los que se oponen a gastar ese dinero en las necesidades europeas sería mucho menor. Pero la realidad de ahora ocurre en muchos de estos críticos la amenaza futura, que perciben, sin duda, con toda claridad los gobernantes de los Estados Unidos.

El plan Marshall ha nacido de esta comprensión de los problemas mundiales y los problemas interiores; pero sería mucho pedir que esta visión del horizonte mundial hubiese llegado ya a todo el vasto mundo norteamericano. Sin embargo, la acción norteamericana es del tipo y aun de la envergadura que tenía ante sus ojos el Presidente Truman cuando en su discurso de Ottawa proponía a los americanos como deber "restaurar la salud del mundo".

16 naciones europeas firmaban su conformidad con un documento de excepcional interés. El informe de la Conferencia de París era el documento con que por parte de Europa se responde al ofrecimiento norteamericano. Mediante él se intenta llenar de sustancia al plan Marshall, puesto que ya se conoce de modo oficial lo que Europa necesita durante los próximos cuatro años de los Estados Unidos.

¿Cuál es la situación económica europea según los redactores del informe de París, que no hay que olvidar que ha merecido la aprobación de 16 gobiernos europeos?

Basta para conocerla un resumen ordenado de las 86 páginas de dicho documento, verdadero cuadro económico de las necesidades de toda la Europa no dominada por Rusia.

Tras una introducción de carácter histórico descriptivo en que el Comité justifica sus métodos de trabajo y expone cuál era la productividad y el nivel de riqueza de la Europa occidental antes de la guerra, se exponen los supuestos sobre los cuales se basa este programa de reconstrucción económica europea.

Las bases de la reconstrucción

Cuatro puntos deben destacarse en la reconstrucción de Europa: a) Un creciente esfuerzo productivo por parte de todos los países europeos; b) el logro de la estabilidad financiera interna en Europa; c) un máximo de cooperación económica entre todos los países participantes; y d) la solución del déficit comercial de los países europeos en el continente americano, especialmente por medio de exportaciones crecientes.

El plan, que abarca un período de duración de cuatro años, espera que a fines de 1951 la situación europea debe hallarse estabilizada en relación con esos cuatro puntos fundamentales. En especial, sin la solución del último, del desequilibrio comercial profundo de hoy, que crea en Europa un problema de escasez de dólares, no puede haber recuperación económica efectiva.

Incremento de la producción

Son los factores claves de todo progreso económico los que destacan en el trabajo de la Conferencia económica de París, a saber: alimentos



su actual estado de empobrecimiento, escasa producción y bajísimo nivel de vida.

Esta manifestación de buena voluntad norteamericana necesitaba de varias condiciones previas para poder ser traducida en hechos y llevada a buen término. La primera de ellas era que por parte de los países interesados, por parte de Europa, se expusiera de modo claro y ordenado el volumen de sus necesidades más perentorias y la forma en que éstas podían ser resueltas merced al apoyo eficaz de los Estados Unidos.

Para ello se reunió el pasado verano en París una conferencia, cuyas primeras sesiones terminaron con una decisión, no por esperada menos trascendental: la retirada de la Unión Soviética y de sus satélites de todo trabajo común de ordenación económica europea.

Para evitar un fiasco completo de su labor, la Conferencia, privada de los países soviéticos, prosiguió sus trabajos, y a fines de septiembre

y producción agrícola; carbón, carburantes y energía eléctrica; acero y productos siderúrgicos; madera y materiales de construcción; transportes; mano de obra. Cada uno de estos factores está en una íntima relación de interdependencia con los demás, y la escasez de cualquiera de ellos dificultará necesariamente el desarrollo de los demás.

Como en 1951 se estima que la población de la Europa occidental habrá crecido en un 11 por 100, el objetivo de producción para aquel año en todos estos factores claves debe ser del orden siguiente: en la agricultura, recobrar el nivel de producción de preguerra, con aumentos importantes en azúcar y patatas, y alguna mayor producción de aceite y materias grasas.

Aumento en la producción de carbón hasta 584 millones de toneladas métricas (30 millones más que en 1938 y un tercio más que la cifra que espera lograrse en 1947).

Expansión en la energía eléctrica generada hasta los 70.000 millones de kilovatios-hora, o sea un 40 por 100 más que en 1947, con un crecimiento en la capacidad de las instalaciones de 25 millones de kilovatios, o sea dos tercios sobre el nivel de 1938.

Las refinerías de productos petrolíferos habrán de tratar unas masas de petróleo crudo del orden de 17 millones de toneladas, y la industria siderúrgica, elevar el actual nivel de producción hasta 53 millones de toneladas de acero, en un 80 por 100 más, o sea 10 millones de toneladas más que en 1938 y un aumento del 20 por 100 sobre las cifras de aquel año.

Los distintos sistemas de transporte habrán de ser mejorados hasta el punto de poder mover en su conjunto un volumen de mercancías superior en un 25 por 100 al de 1938, para lo cual, entre otras cosas, las flotas mercantes de los distintos países han de alcanzar en 1951 su nivel de la preguerra.

Tal es, muy sintéticamente expresado, el esfuerzo productivo que la Europa no soviética debe realizar en los cuatro años próximos, y para el logro del cual los 16 países coligados en el logro de este objetivo requieren la ayuda del capital norteamericano.

La dificultad de alcanzar tales cifras se manifiesta sin más que comparar los niveles de producción de los principales países europeos en 1938 y los objetivos que deben lograr "necesariamente" en 1951. Véase, por ejemplo, como más destacados, el caso del carbón y del acero.

Producción europea de carbón y lignito
(En millones de toneladas métricas.)

	1938	1947	1948	1951
Inglaterra	231	190	214	249
Alemania occidental, incluido el Saar	220	143	163	210
Bélgica	30	24	26	31
Francia	48	51	51	63
Otros países	23	22	24	31
Total	552	439	478	584

Es decir, que para asegurar un desarrollo de

la industria europea que permita su independencia progresiva de la ayuda yanqui, Inglaterra debe superar en carbón las cifras de 1938 en 18 millones de toneladas, cuando hoy no alcanza ni el mínimo de 200 millones que el Gobierno laborista considera como indispensable para el abastecimiento limitado del país. Y Francia, cuya producción es efecto en buena parte del trabajo de los prisioneros alemanes, ¿cómo podrá intensificar su producción cuando éstos, más pronto o más tarde, sean liberados?

Las exigencias de la producción de acero son las siguientes, expresadas también en millones de toneladas métricas:

	1938	1947	1948	1951
Inglaterra	10,6	12,7	14	15
Alemania no ocupada por Rusia	20,8	3,6	5,8	12,7
Francia	6,2	5,8	10,4	12,7
Bélgica	3,8	4,6	7,3	7,9
Italia	2,3	1,8	2,5	3
Otros países	1,9	2	2,3	4,1
Total	45,5	30,3	42,3	55,4

Para alcanzar estas cifras de producción se necesitará una importante modernización de las



instalaciones existentes y una ampliación muy considerable de las mismas. Además todas las naciones participantes, con excepción de Italia, tienen una escasez de mano de obra difícil de corregir en breve plazo. Se necesitará que italianos y alemanes cooperen decididamente con obreros en este esfuerzo productivo.

Estabilidad financiera y monetaria

El informe analiza en seguida las fuerzas que en la Europa occidental generan la presente inflación, que destruye toda estabilidad económica. Las principales son la escasa producción de alimentos y los déficits presupuestarios. La falta de confianza en el dinero impulsa el atesoramiento de los productos (alimentos, bienes reales, etc.), y con ello se aumenta el desequilibrio entre las rentas reales y los gastos.

Como sin niveles estables de precios no hay posibilidad de progreso económico, de aquí que la ayuda yanqui será muy necesaria no sólo para colmar el déficit comercial de Europa con el resto del mundo, sino para asegurar la estabilización interna de los diversos países. Este penoso proceso de quebrar la inflación necesitará de una masa de dólares no inferior a unos 3.000 millones, que eleve las reservas de cada país al nivel suficiente para asegurar sus recursos frente al exterior.

A fin de medir el volumen de importaciones necesarias para la realización del plan, los comités técnicos han evaluado éstas con arreglo a los precios que regían en 1 de julio de este año. El resultado a que han llegado lo recoge el siguiente cuadro, en que se exponen las necesidades de

Europa de productos extranjeros medidas en miles de millones de dólares:

Año	Importaciones de EE. UU.	Del resto de América	Del resto del mundo	Total
1948	6,0	3,2	4,7	13,9
1949	5,3	3,9	5,4	14,6
1950	4,8	3,8	5,9	14,5
1951	4,3	3,9	6,2	14,4
Total	20,4	14,8	22,2	57,4

El volumen de importaciones es aproximadamente el mismo que en los años de la preguerra, pero mientras entonces tan sólo un 40 por 100 de esas importaciones procedían del continente americano, de ahora en adelante esa proporción se elevará casi a los dos tercios de las mismas. Europa va a depender más que nunca de los suministros regulares de los Estados Unidos y en buena parte también de los del resto del continente.

Así en 1948 el programa de importaciones de mercancías norteamericanas habrá de ser del orden siguiente: alimentos y abonos, por valor de 1.500 millones de dólares; carbón, por 300 millones; productos petrolíferos, por valor de 500 millones; hierro y acero, por 400. La madera supondrá unos 100 millones; los equipos de producción, maquinaria, herramientas varias, etc., supondrán unos 1.100 millones, y las importaciones no comprendidas en lo anterior, 2.000 millones de dólares. Además, junto a esos productos norteamericanos por valor de 6.000 millones de dólares hay que sumar la participación igualmente norteamericana en su transporte. Es decir, los Estados Unidos, con arreglo al sistema preconizado por el general Marshall, habrán de ayudar a Europa en 1948 con 6.600 millones de dólares.

Aunque estas cifras van disminuyendo en los años siguientes, y en 1951 quedarán reducidas a 4.300 millones de dólares, la ayuda total que los países europeos reunidos en París reclaman de los Estados Unidos importa, a los precios de julio de 1947, unos 22.000 millones de dólares.

El problema de los pagos

Movilizar semejantes cantidades en ayuda de Europa crea un problema financiero de tal envergadura que, para resolverlo, los técnicos reunidos en París han tratado el problema como un todo, sin preocuparse de los convenios parciales que pudieran concertarse entre los diversos países entre sí o con los Estados Unidos.

Así en 1948 el déficit conjunto de las balanzas de pagos de esos 16 países europeos será del orden de los 8.250 millones de dólares, de los cuales 8.000 millones corresponderán al déficit con América.

Es más, bajo el supuesto de que los precios europeos de exportación no varíen y que los precios de los productos importados desciendan durante el cuatrienio en un 12,5 por 100, con lo que la relación de intercambio mejorará con relación

BANCO CENTRAL

ALCALÁ, 49, y BARQUILLO, 2
MADRID

103 Sucursales y Agencias en las principales plazas de España y Marruecos

Capital autorizado 200.000.000 de ptas.
Capital en circulación ... 117.300.000
Fondos de reserva 50.000.000

Este Banco está autorizado para la venta de cheques de viajeros en dólares y libras esterlinas

CORRESPONSALES EN TODAS LAS PLAZAS IMPORTANTES DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO



CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE MADRID

LA INSTITUCIÓN DE AHORRO Y CREDITO MAS ANTIGUA DE ESPAÑA

No. 23 una empresa mercantil
Sus excedentes anuales, dedicados a la labor benéfico-social

Tipos de interés de sus operaciones

C/c. de ahorro 1 por 100
Libretos a la vista 2
Libretos a un año 3

OFICINAS

CENTRAL: Plaza de Colón, número 2.

SUCURSALES: Elío González, 15.—Braco Murillo, 175.
Ronda de Valencia, 2.—Avenida de José Antonio, 11
Puente de Vallecas.—Calle de Toledo, 27.—Una en Ciudad Real, calle del General Agustín, 15, y otra en Toledo, Cuatro Calles, 2.

a Europa, el problema de la balanza de pagos se sitúa del modo siguiente:

Déficit de Europa en miles de millones de dólares					
	1948	1949	1950	1951	Total
Con Estados Unidos.	5,64	4,27	3,28	2,62	15,81
Resto de América...	1,94	1,82	1,30	0,91	5,97
Países dependientes de Europa	0,46	0,26	0,07	0,13	0,66
Total	8,04	6,35	4,65	3,40	22,44
Menos préstamos del Banco Mundial ...	0,92	0,89	0,72	0,60	3,13
Total	7,12	5,46	3,93	2,80	19,31

Por consiguiente, durante los cuatro años próximos, Europa occidental necesitará que los Es-

tados Unidos le faciliten dólares por un saldo de 22.500 millones de dólares, de los cuales el Banco Mundial de Reconstrucción podrá facilitar quizás unos 3.000, pero los 19.000 millones restantes habrán de ser suministrados por los Estados Unidos.

La situación será muy difícil en 1948, en que el déficit de la balanza de pagos de Europa excederá los 8.000 millones de dólares; y aunque progresivamente todavía en 1951, el déficit será del orden de 3.500 millones de dólares.

Tal es la suma de las peticiones europeas a los Estados Unidos para el futuro inmediato, que muestran de modo acabado la decadencia económica del Viejo Mundo y su casi imposibilidad de recuperación sin una fuerte ayuda exterior, que en su casi totalidad ha de proceder de América, sobre todo del país que atesora hoy por sí solo más de la mitad de la riqueza mundial.

organizada, en la que todas las naciones, conservando su tradición y personalidad, estén estrechamente unidas, para asegurar su paz y común prosperidad y conservar su herencia de civilización y libertad. Estos propósitos encontraron pronto la más tenaz oposición en los países que, precisamente por su fortaleza, parecían los más indicados para impulsarlos. En Inglaterra, el Gobierno, después de aceptar la propuesta de lord Wansittart en favor de la Federación Europea Occidental, hubo de rectificar por completo, ante la protesta del Comité ejecutivo del partido laborista; y en Francia, según el ejemplo inglés, Blum rechazó la presidencia del Comité nacional. A partir de entonces, las actividades de los seguidores de Churchill han sido casi nulas, aunque el momento actual refleje cierto resurgimiento en la proyectada reunión de París, en la cual el ex "premier" hará un llamamiento pro creación de los Estados Unidos europeos.

EL PLAN Y LA UNION EUROPEA

La iniciativa del general Marshall al ofrecer ayuda a "las naciones de Europa, o a lo menos a parte de ellas", presuponia un acuerdo entre las mismas no sólo para proponer, sino para recibir y distribuir lo que llegase de América y lo que cada una de las potencias contratantes pudiese ofrecer. No es extraño, pues, que se recordasen inmediatamente los intentos de asociación de los pueblos europeos—los Estados Unidos de Europa—, así como las ideas de unión aduanera, con las facilidades comerciales que un acuerdo de este tipo ha producido siempre. No sería la primera vez en la Historia que uniones de esta clase sirviesen de comienzo a la unidad política.

Pero la idea de los Estados Unidos de Europa tenía esta vez una resonancia especial, a causa de la actividad nueva de Winston Churchill en favor de esta unión. En realidad, ni Churchill, ni el plan Marshall, ni la guerra anterior se encuentran en el origen del proyecto. Antes al contrario, la historia de Europa abunda en hombres y en teorías que buscaron en la federación europea la consecución de los sueños dorados que cristalizaban en la llamada "paz perpetua". Saint Pierre, Rousseau, Saint Simon y Kant han dejado unidos sus nombres a proyectos de esta índole. Pero es en los últimos veinte años cuando, al par que se tocaban las desastrosas consecuencias de los nacionalismos extremados, la idea ha parecido más realizable; a ese período corresponden tres proyectos: el de la Unión Europea de Briand y los dos de la presente postguerra: el de la U. E. F. (Unión Europea Federalista) y el de Churchill.

La llamada Unión Europea fue expuesta por primera vez el día 7 de septiembre de 1929, en la décima Asamblea de la Sociedad de Naciones. Su autor, el ministro francés Briand, la resumió en concisas palabras: una comunidad de intereses e interdependencia lo más estrecha posible de los Estados europeos y una cierta armonía de sentimientos y aspiraciones, sin la cual ninguna unión podría durar. Encargado Briand por su Gobierno de presentar un memorándum a los de las demás naciones, las respuestas fueron en principio alentadoras; pero pronto se acusaron profundas divergencias en lo relativo a la forma, objetivos y organización de la nascente Unión. Se vio que uno de los requisitos esenciales para asegurar su desarrollo futuro, cual era el de una cierta limitación de la soberanía absoluta de cada Estado en beneficio de la Unión Europea, no era reconocido por los distintos Gobiernos, que no deseaban sino una asociación muy débil, con el mínimo de organización y subordinada a la Sociedad de Naciones, y cuyo objetivo esencial fuera el estudio de las cuestiones económicas; lo económico debía predominar sobre lo político. A partir de ese momento, la vida de la Unión Europea había de ser precaria, como efectivamente lo fué. Celebrada una segunda sesión en septiembre de 1930, y acordada en ella la dependencia absoluta de la Unión con respecto a la Sociedad de Naciones, ésta nombró una Comisión de Estudios, cuya presidencia se otorgó a Briand. Dos veces se reunió la Comisión, y sus trabajos

fueron exclusivamente de índole económica. Después... el olvido. La idea de Briand había fracasado.

Malograda la Unión Europea, nada se intentó hasta la actual postguerra. Es verdad que en los años que preceden a 1939 existen organizaciones que intentan propagar la idea federalista; pero estos intentos son esporádicos y apenas revisten trascendencia fuera del país de origen. Es después de la última guerra cuando el espectáculo de una Europa asolada y dividida hace resurgir con más fuerza la vieja idea de un federalismo europeo, como solución única para la reconstrucción de nuestro continente. Nacen así, independientemente la una del otro, la Unión Federalista Europea (U. F. E.) y el Movimiento de Europa Unida, de Winston Churchill.

La Unión Federalista Europea

Uno de los hombres que más activamente han defendido en estos últimos años las ideas federalistas, el conde de Coudenhove-Kalergi, acuerda con otros entusiastas partidarios de las mismas la creación de una asociación que sea "órgano de coordinación y acción al servicio de las asociaciones federalistas existentes y de las que se puedan constituir en el futuro; una verdadera federación de movimientos federalistas". Ese órgano es la Unión Europea Federalista, que nace en París en diciembre del pasado año. El primer acto de la nascente organización fué dirigir una solicitud a cerca de cuatro mil parlamentarios europeos para que expusieran sus ideas sobre el federalismo. Las numerosas respuestas y lo favorable de las mismas animó a la U. E. F. a celebrar su primer Congreso, que tuvo lugar en Amsterdam durante la primavera última. Posteriormente ha sido Suiza quien ha congregado a los diversos representantes del movimiento en el segundo Congreso de la U. E. F., celebrado en los últimos días de agosto. Más de trescientos delegados europeos, presentes en el mismo, aprobaron, por casi completa unanimidad, las mociones presentadas, siendo lo más destacado la dura crítica que se hizo de la actual política de la U. R. S. S., a la que se definió como "confederación de Estados reunidos por la fuerza".

Churchill y su Europa unida

En cuanto al movimiento preconizado por Churchill—ese "caballero errante de la unión europea", como se le ha llamado—, puede decirse que tuvo su nacimiento en el discurso que el ex "premier" inglés pronunció en la Universidad de Zurich el 19 de septiembre de 1946. En él señaló, en efecto, como único remedio para salvar a Europa del amenazante porvenir a que la política de bloques parecía conduciría "el volver a crear la familia europea en un conjunto de Estados Unidos de Europa". Bajo esta idea se creó en Londres, el 17 de enero de este año, el Comité para la Europa Unida, integrado por prestigiosos hombres de la política británica. En términos generales, el programa era conseguir una Europa

El plan Marshall

El plan de ayuda para la reconstrucción europea formulado por Marshall tiene, es cierto, un contenido esencialmente económico; pero tras el cual puede fácilmente percibirse el deseo latente en su autor de una unión europea, unas veces explícitamente manifestado, como en la carta al senador Vandenberg, en la que Marshall se muestra inequívocamente favorable a la creación de los Estados Unidos de Europa; otras veces, de modo indirecto, a través del texto del mismo plan. En éste podemos encontrar, en efecto, pese a no ser un programa de federación europea, sino de necesidades económicas, y como uno de los puntos que se señalan como fundamentales, el de una estrecha cooperación entre los países participantes, a la que debe seguir la invitación a las demás naciones europeas para que colaboren con aquéllos en la consecución del fin común. Posteriormente, tratando de la interdependencia que debe existir entre dichos países, alude el plan a la formación de una unión aduanera, que se cree sería de gran eficacia. No es aventurado deducir que la característica del plan Marshall, como indica el "Times" en un editorial sobre el mismo, es el estar evaluado sobre la escala de un pan-europeísmo, sin dar detalles, en general, sobre el programa de reconstrucción individual de cada país, sino considerando esta reconstrucción más bien desde un punto de vista ampliamente europeo. Pero es que no tenemos, en fin, sino recordar las palabras del mismo Marshall al hacer público su propósito de ayuda a Europa en el pasado mes de junio: "Debéis organizaros—dice a las naciones europeas—; dirigid este plan no egoístamente, sino en vista del supremo interés de vuestra colectividad; preparaos a hacer caer esas absurdas murallas de China; cesar de veros con desconfianza y odio, y entonces venir a encontrarnos."

Los movimientos de Churchill y la Unión Europea Federalista, por una parte, y el plan Marshall, por la otra, tienen, pues, una coincidencia fundamental: propugnar la unidad de Europa como necesaria. Y es que esta necesidad de un mayor acercamiento europeo es cada vez más sentida, ya que sin una unión que permita a nuestro continente enfrentarse con los grandes bloques políticos y económicos que le cercan, ¿no se encontrarán los Estados europeos abocados a la misma suerte que tuvieron antaño los múltiples Estados minúsculos de la Grecia clásica? Es cierto que por ahora se hace difícil pensar en una federación europea. Se oponen una serie de factores que llevan su razón de ser en la entraña misma de cada nación, y que son su historia, sus tradiciones y su civilización. Sería preciso, como propugnaba Saint Simon, una mayor educación de los ciudadanos europeos como tales, inculcarles un "patriotismo europeo", hacerles verse, en fin, no como miembros de una nación determinada, sino de la gran colectividad europea. Pero ahí está el caso de Suiza, formada por elementos tan heterogéneos como los que puedan contribuir a formar los Estados Unidos europeos. Y si para llegar a éstos falta una unidad espiritual, por ahora inexistente, el primer paso para conseguirla puede ser una estrecha cooperación económica.

HACIA UNA CRISIS UNIVERSAL DEL TEATRO

El teatro, en su doble aspecto de género literario y de escuela de costumbres, parece atravesar una crisis que preocupa en el mundo entero. De una parte se registra la creciente ausencia popular de los espectáculos teatrales más profunda y sinceramente artísticos. De otra se advierte la preocupación por el carácter morboso o la desfachatez exhibicionista de las representaciones que se ven más concurridas por el público. El problema, reducido a términos tal vez demasiado sencillos, pero muy claramente inteligibles, pudiera quedar planteado así: el público se aleja del teatro que pretende educarle y elevar su espíritu; el teatro al cual el público acude produce perniciosos efectos.

Mirando a la pálida sombra de lo que fué uno de los mejores teatros del mundo—el de España—se percibe el problema con claridad, por lo cual no tememos discurrir sobre materia en exceso desconocida. Y en algunas naciones extranjeras—Francia, Italia, Inglaterra, Norteamérica—está planteado con los caracteres agudos que permiten estudiarlo en su dimensión más grave: la coincidencia de la calidad literaria con la amoralidad o inmoralidad del tema, lo que concede al hecho su verdadero carácter de índice de una profunda confusión mental.

Crisis espiritual

La crisis espiritual que nos descubre el teatro está producida por un terror difuso al más allá. Su característica principal es el miedo a la muerte, traducido no en ese temor físico, absolutamente normal, al accidente del tránsito de una vida a otra, sino en la resistencia a envejecer, despidiéndose de los placeres sensuales, y en la tendencia a fantasear sobre el mundo de las almas. Y lo mismo que las mujeres que tienen miedo en una representación cinematográfica lanzan carcajadas nerviosas, el lado cómico del terror al más allá ha producido todo un género en el que se bromea con cadáveres desvalorizados, que han perdido su antigua y solemne respetabilidad, o con espíritus andariegos, que a cada dos por tres se divierten en aparecerse a los seres vulgares que aun residen en este mundo.

Ya volveremos sobre estas bromas, que son más trascendentales de lo que parece. Reparemos tan sólo en la amargura que destila en la comedia y en el drama el terror a envejecer con la seguridad de que la vida no nos trae más que dolor y desengaño y al final aguarda, misterioso y ceñudo, un insondable vacío poblado de sombras incógnitas. La pérdida del profundo sentido religioso que gobierna las acciones de la vida en orden al porvenir eterno determina inmediatamente la caída en una suerte de ácida decepción. Un angustioso, amargo y rebelde ¿por qué? palpita en lo más hondo de todo un ciclo teatral de obras importantes—preferentemente inglesas—, que dan al espectador la sensación de hallarse a merced de fuerzas oscuras que lo conducen hacia una catástrofe inevitable.

Cuando esta clase de teatro, tan en boga, quiere encontrarle a la vida su dimensión profunda se lanza al ensueño de la permanencia en este mundo o de la supervivencia en él. En un caso, la muerte se aleja hasta perderse en el más remoto horizonte; en el otro, la muerte es un accidente tras del cual se regresa a los medios habituales en que se vivió con la ventaja de una omnipresencia, una invisibilidad o cualquier otro privilegio por el estilo. Desde Barrie hasta Priestly o Coward, todo el teatro inglés moderno está poblado de extraños fenómenos de perpetua juventud o de discretos y animados fantasmas. En el fondo, la literatura traduce así una inquietud te-

merosa, una falta de seguridad y equilibrio, procedentes de que el alma ha perdido sus eternos e incommovibles apoyos para explicarse su tránsito por la vida.

Este teatro, que se hace tan fantásticas ilusiones, es el que, a pesar de todo, no ha perdido la esperanza. Pero hay otra zona de la moderna producción en la que la falta de fe no admite tampoco el refugio pueril de los sueños de infancias prolongadas o retornos imposibles. Ese teatro de la desesperación se caracteriza por la frialdad con que nos presenta un fenómeno que da como general y seguro: no sólo nos volvemos cada vez más viejos, sino cada vez más malos. Este proceso es inevitable y está lleno de vigorosa lógica, porque la desesperación y la amargura aumentan a compás de la convicción de que la vida es inútil y resulta como un sarcasmo del Hacedor, que nos sacó de la nada para hundirnos en la nada. El teatro que opera sobre esta base nos presenta con fría saña la derrota de la ilusión. El porvenir se ve rosado al influjo de los sueños y de las esperanzas juveniles; pero la decepción sobreviene implacablemente. El hombre, aferrado a una vida que se le escapa y presa de un turbio sentimiento a la llegada de la vejez, sólo procura el daño de sus semejantes.

Estamos hablando de una zona de producciones modernas que tienen, al fin y al cabo, una preocupación espiritualista. Como consecuencia inevitable de esta crisis sobreviene la crisis moral, de la que hablaremos después, aunque resulte por manera difícil separar una zona de otra. Sin embargo, pudiéramos decir, aunque la afirmación se halle erizada de excepciones, que el teatro inglés moderno es el que mejor nos representa la crisis espiritual de que hablamos, sin que deje de entrar en él, en fuerte proporción, una dosis de elementos morbosos, turbidamente relegados a lo cerebral. El moderno teatro norteamericano, al abordar análogo tema, es más bronco, más duro y, sobre todo, más clínico. El teatro francés es más abiertamente despreocupado en la forma, dentro de la misma preocupación fundamental, y el teatro italiano sigue la misma línea.

La broma macabra es la exteriorización, en el área de lo cómico, de la preocupación espiritual.

La desenfadada irrupción en el trasfondo para que se pueble de risas es una de las formas típicas del miedo. Y por cierto que este miedo, como ha ocurrido en todas las épocas, adopta formas externas de tonos irreverentes y guarda en lo interior una propensión curiosísima a inclinarse hacia supersticiones y extrañas creencias. Se juega con los espíritus y se está muy cerca de creer en ellos.

Quedaremos, pues, en que la crisis espiritual del teatro pone en evidencia un mal moderno de falta de verdadera fe y de inquietud por hallarle un asidero al espíritu, que navega desorientado en un mar de confusiones, pronto a asirse de cualquier superstición por sencilla repugnancia al vacío en que se encuentra.

Crisis moral

El teatro ¿es sencillo espejo de las costumbres o crea tal vez algunas costumbres? ¿No podría ser, en cierto modo, su divorcio de la realidad más profunda lo que produce su crisis actual? Si la contestación fuere afirmativa, eso podría explicarnos que el teatro fuera mucho más inhumano que la sociedad de que nace y que por este camino se enajenara una gran parte de público sano, mientras atrajese a otra más inquieta y menos segura de sí con el señuelo de lo morboso. El hecho es que el teatro se nos presenta hoy en gran parte recluso en el planteamiento de los más ásperos y duros conflictos morales, a los que no brinda una solución ni siquiera una condena, y que en las obras de tono menor, asuntos de tipo inocente se ven con enorme frecuencia, que es casi constancia, manchados por el exhibicionismo.

No se piense que nuestro honroso criterio de católicos españoles, con el que estamos muy a gusto, nos mueve a una erizada oposición a cuan-

to signifique alegre modernidad. La revista italiana "L'Ultima", en su número 20, dice: "Hoy, por ejemplo, llenan el teatro italiano una infinidad de comeduchas o dramones que, con la excusa del freudismo y de los problemas del sexo..., despiertan los más perversos y brutales instintos, con el consentimiento de la mayor parte de los críticos a la moda, que confunden la morbosidad con el arte y los alambicados cerebralismos con teorías esenciales." La misma revista, al referirse a los espectáculos menores de que hablábamos, alude a su "semipornografía" y a su "monotonía exasperante". "Lo que cuenta —dice— no es el colorido del traje de una bella mujer, sino la falta del traje: todo es espectáculo." La modernísima revista parece bastante asustada, y no se hallan lejos de ella otras revistas de los Estados Unidos. No está demasiado remoto todavía el proceso escandaloso de Erskine Caldwell, en el que una mal entendida solidaridad de los escritores norteamericanos salvó al pornógrafo de las garras de la justicia.

Nos llevaría lejos estudiar aquí el problema de la crítica en relación con la inmoralidad del teatro; pero no nos es posible eludir del todo, como tampoco ha podido evitarlo la revista italiana. Sin exceptuar siquiera a nuestro morigerado país, los críticos manifiestan una inhibición que se traduce en la peor empleada de las benevolencias con respecto a la grosería y al descoco primarios, que invaden la escena como único aliciente de la abrumadora monotonía y de la falta de calidad artística del espectáculo. La crítica parece haber perdido la capacidad de reaccionar adecuadamente en muchas ocasiones frente a estos problemas de moral. El análisis de las causas de este fenómeno nos apartaría demasiado de nuestro objeto; pero no hemos podido dejar de hacernos cargo de uno de los factores del problema que examinamos.

La familia es la víctima principal de esta crisis en la escena. Incestos, fratricidios y parricidios se nos sirven a montones por el moderno teatro. Pensamos ahora singularmente en el norteamericano y en el francés, sin excluir a los demás. Desde la bárbara tragedia de "El deseo bajo los olmos" hasta la más moderna, "Jezabel", que ha estremecido los escenarios de París, podríamos hacer una tan larga como repugnante cita de conflictos dramáticos, llevados a escena por escritores de primera fila, en los que el sexo y el crimen agitan las propias entrañas de la vida familiar. Es otra consecuencia de la falta de sentido cristiano. La convivencia de los miembros de la familia, si no está informada por ese elevado y trascendental sentido, puede conducir al odio y a diversos tipos de aberraciones. Pero no es la misión del teatro la de operar sobre esas posibilidades, puertas que nuestra naturaleza caída tiene siempre abiertas para precipitarse en el abismo.

Crisis material

Al propio tiempo que quienes discurren sobre los problemas del teatro lamentan lo que brevemente acabamos de expresar, ellos mismos y otros se quejan de la grave crisis económica, que pone en trance de muerte el espectáculo teatral. Dejando a un lado la falta de lógica que supone el nombrarse de que no se venda una mercancía de la que se afirma que es muy mala, podemos hacernos cargo de las dificultades con que habría de tropezar aunque fuese muy buena. Es decir, el teatro como industria no puede vivir, y sólo alcanza a sostenerse con pleno decoro, en España y en el exterior, cuando recibe una ayuda del Estado.

Las causas del hecho—operando ya sobre el supuesto de que no hubiese en escena más que obras admirables—no son muy difíciles de averiguar. El progreso de la escenografía y la conversión de todo el teatro en "espectáculo", sea cual fuere el género de que se trate, eleva el costo de la representación a un punto que el público no puede pagar. Probablemente, el cine, con sus extraordinarios recursos, es el que ha llevado al teatro a servir unas exigencias de presentación que el público ya reclama y cuyo coste aumenta de día en día en todas partes. Los espectadores rechazan

"Es evidente que los comunistas deben prepararse a sí mismos para un conflicto de proporciones mundiales. De acuerdo con esto, el pivote de su movimiento es la III Internacional, y los movimientos nacionales separados se estructuran en torno a este centro." (J. H. Lasky, "Comunismo".)

Arte español en Buenos Aires

Por Eugenio d'Ors

De la Real Academia Española

Alto y casi en estos ásperos días puede ser una sobremesa donde se hallen presentes, además de algunas bellas damas, el vizconde de la Carnaxida, el doctor Jiménez Díaz y el profesor Julio Palacios. No se cura este último de una confianza optimista en los productos de la espontaneidad social. "Hubieran ustedes visto—nos contó—, con referencia a las jornadas de usual visita de cementerios, lo bien organizado que estuvo el servicio de los transportes públicos en las cabezas de línea, y sin intervención autoritaria ninguna... Una sola inmixción oficial lo hubiera averiado todo." No atinaba nuestro amigo al decir esto en que la fuerza popular, organizadora en tal episodio, es la misma que en lo cotidiano amontona, arracima y cuegla indecorosos paquetes de humanidad a plataformas y a traseras de tranvías. En el orden social, las mismas causas no producen siempre los mismos efectos. Y tan insensato ha de parecer el esperar de la gente misma el remedio a todos los males como confiar ciegamente en las virtudes de alguna administrativa panacea.

Lo que no debe nunca olvidarse, cuando se trata de la atribución de méritos o culpas colectivos, es el descubrimiento de alguien a quien en justicia corresponde el título de maestro en la filosofía de la historia: el malogrado Augustin Cochín. Tratando de formarle una especie de expediente de responsabilidades a la Revolución francesa, y ante el problema de saber de dónde había salido aquello, Cochín, tras de un trabajo minucioso de archivo, llegó a averiguar que ni en desórdenes ni en matanzas la auténtica iniciativa correspondió a lo que se llama "el pueblo", es decir, la masa inconsciente y anónima, como tampoco a algunas personalidades señeras cuyo nombre guar-

dan todas las memorias, a título de ser los protagonistas del drama. Sino a la actividad causal de ciertos grupos reducidos, clandestinos a veces, las más ocultos, siempre reservados, que se parecen a los presuntos directivos en lo de ser conscientes, y a la muchedumbre en lo de ser anónimos. A unas fuerzas—que él llamaba "sociétés de pensée"—cuya eficacia se hurta, por el pronto, a la noticia y que operan, bajo nombres y con notas distintos, en la generalidad de los tiempos y lugares. Según Cochín, estos grupos habían sido sucesivamente en Francia, a lo largo de su Revolución, los salones, las logias y los clubs.

"Cherchez la femme!", encargaba a cada asunto judicial embrollado el magistrado de marras. "¿Averiguémos de qué tertulia procede!", debe decirse el inquiridor de causalidades ante cualquier ejemplo de eficacia, para el bien o para el mal, para el orden como para la anarquía, para la luz o para la confusión, para la cultura o para la barbarie. Y eso, tanto si se trata de la historia hecha o de la que va haciéndose materia de la crónica. Tanto si se trata de la quema de conventos como de una exposición de bellas artes. Siempre el primero y verdadero responsable, el inculpable o meritorio, quedó tras cortina, en funciones dobles de autor y consuetu. Y ni los aplausos le trajeron a tablas ni le movieron las broncas a marcharse del teatro.

Los senadores en la Exposición de Buenos Aires

No calificuemos de acontecimiento histórico la Exposición de Arte Español abierta recientemente en Buenos Aires. Otras muchas la habían precedido, desde hace tiempo, en los mismos países y sin demasiado beneficio nacional, punto a lucimiento o a misión. Lo nuevo en la ocasión, aparte del ambiente favorable de hispanismo en que la iniciativa nació y con que mil augurios la rodean, aparte igualmente de la solemnidad que le otorga la coincidencia con la celebración de un centenario cervantino, se ha cifrado en la manera de conciliar, al escoger las obras que habían de ir a Buenos Aires, el criterio de una distinción exigente con la ambición totalitaria de una íntegra representación de las actuales pintura y escultura españolas en su conjunto. No había que esperar, dado este último aspecto de la cuestión, un rigor jerárquico como el que es dable aplicar, por ejemplo, cuando se reúne en Madrid un Salón de los Once. No once artistas, sino un centenar y medio son actualmente exhibidos en la metrópoli porteña.

Señalada como de "contemporáneos" la especialidad temporal del concurso, cabía aún el dar, de los límites implícitos en esta palabra, diferente versión. Un acontecimiento luctuoso reciente, la desaparición de Ignacio Zuloaga, y el revuelo crítico levantado en la ocasión por su gloria daban pie a la fijación de un inicio, poniendo a la cabeza la obra del ilustre pintor. Por el cabo opuesto, la frontera de lo recentísimo no la trazaba sino el zarpar de la nave que debía conducir cuadros y esculturas al Nuevo Continente. Artistas de veinte años tienen digna representación a la vera de sus mayores; alguno de aquéllos no puede ostentar otra mención en el catálogo del certamen que la fecha de su nacimiento y el nombre de la escuela en la cual se preparan.

Al de Ignacio Zuloaga habían de acompañar, naturalmente, algunos de su hoy semiextinta promoción que el honor oficial ha instalado en la categoría académica, a que el vigoroso vasco fué esquivo. Las mejores obras de éstos situáronse a caballo entre la pasada y la actual centuria. Así era forzado que se constituyera el fondo que llamaríamos senatorial de la Exposición. Su fondo magistral corresponde en la cronología a la generación siguiente. En ella se contó—centro hoy

de los más numerosos entusiastas en Buenos Aires, como lo fué en Madrid a raíz de su muerte—la singular figura de José Gutiérrez Solana. En el núcleo artístico de Cataluña, análoga posición de renuevo se encontró ocupada por el pintor Joaquín Sunyer y por el escultor José Clará, cuya producción se prolonga en nuestros días, y en primera fila por Isidro Nonell, de quien es una falla que nada a esta Exposición se haya llevado, cuando fué el quien abrió con alguna muestra retrospectiva los salones de la madrileña Academia Breve, a cuya alusión hemos de ir en seguida a parar. Dario de Regoyos, Aurelio Arteta, Juan Echevarría y María Blanchard—con doble ciudadanía pictórica ésta: montañesa y parisiense—, idos ya al imperio de las sombras todos ellos, fueron los compañeros de fila de Sunyer, Nonell y Clará. "En fin, Malherbe vient..." El Malherbe, en esta coyuntura de nuestra historia, donde se repite, entre sonrisas de la universal Fortuna, lo que en María Blanchard transcurrió entre lágrimas y miserias—quiere decirse las dos ciudadanías, una de las cuales acaba por devorar la otra—, se llamó el nombre está en la boca de todo el mundo, Pablo Picasso.

Los militantes

Era de ley que ninguna obra de Picasso se asomara en la muestra de Buenos Aires. Su influencia, en todo el conjunto juvenil de la misma, aparece ejercitada. A veces, por contradicción; ello en nada merma el advertimiento de la eficacia. El hijo pródigo, cuando vinieron mal dadas las cosas, no se contentó con retirarse de francachelas y malos amigos, sino que se volvió a la vetustez y a la ruralidad de la casa paterna, donde se guardaban los terneros. Hay quien cuando le rueda la cabeza ante los desvarios de la modernidad corre a refugiarse en la tradición. Lo malo es que aquí, según ocurre con otros refugios en coyunturas de bombardeo, la mala información equivoca el camino.

Más de uno tomó por subterráneo lo que era únicamente portal, y por casa paterna lo que no pasaba de estable. Un falso concepto de la tradición tomó por tal aquella especie de pintoresquismo étnico, que sólo supo, sin ventaja, sustituir la desadecuada pandereta española por lo que alguna vez se ha llamado "pandereta enlutada". Ha florecido sin fruto en la pintura española un género que bien pudiéramos llamar zuloaguesco, y que se compara con lo "goyesco", tanto por lo dócil como por lo infiel a la originalidad limitada. Mientras tanto, la ternura panteística del paisaje, en nuestro Levante sobre todo, recogía en soluciones cómodas a muchos de aquellos a quienes la virulencia de la modernidad asustaba. De ahí una producción tan abundante, tan viciosamente abundante, como pronto cae. Lo peor que le puede pasar a una obra de arte o a un artista es ser "fungible".

Sabido es lo que en términos jurídicos se llama "fungible". Fungible es la cosa que, prestada, cabe devolver por otra equivalente, como un billete de cinco duros; en tanto que se llama "infungible" a la que no se podría devolver de este modo por ir a su existencia asociadas intasables valoraciones, como un cuadro, un recuerdo de familia... Pero hay cuadros que lo mismo da el tomarlos o el dejarlos, si se toman otros, en las mismas dimensiones, del montón. También estas obras y esta manera de hacer arte tenían derecho a ser enseñadas en la Argentina. Nada había contra ellas, porque la mayoría de las mismas ni siquiera están mal. Se llegan a destacar, inclusive, de su muchedumbre algunos casos de virtuosismo, suficientes para la satisfacción y la admiración sensuales del aficionado. La fama habrá facilitado, tal vez, la venta de alguna de las producciones de orden magistral a que aludíamos anteriormente. Pero lo seguro es que el deleite habrá seducido, con las últimamente señaladas, al propenso a la adquisición.

También un certamen de la índole del comen-

con disgusto las bambalinas, los rompimientos, los telones de papel pintado y el indumento de guardarropa. Piden escenarios contruados, donde todo tenga una realidad de bulto; juegos de luces a base de reflectores, en vez de la sencilla iluminación de baterías y diablás, y piden trajes hechos sobre figurines especiales para cada obra y para cada actor. Esto carga los presupuestos de montaje en tal forma que no es posible atender a los gastos de amortización, más el gasto diario de local y compañía, dejándole al empresario su legítima ganancia.

Frente a este problema económico, las soluciones que se suelen proponer son de dos clases. La una, que pide al Estado su apoyo indirecto por medio de la disminución de tributos. La otra, que rechaza para el teatro como arte el alarde de la escenografía. Cuanto a la primera, lo evidente es que no puede englobarse bajo la denominación de "teatro" todo lo que en los escenarios se representa. Aun suponiendo igualmente legítima la actividad de poner en escena obras de Calderón, de Schiller o de Shakespeare y la de poner alegres y vistosas revistas u otras "variedades" por el estilo, tendremos que la posibilidad de negocio es mucho mayor para el último caso y que el interés del Estado es muy superior para el primero. Los beneficios deberían, pues, ser concedidos al teatro que fuera teatro, separándolo totalmente del "espectáculo" en sus variadísimas acepciones.

Cuanto a la solución propuesta, no ya en conversaciones privadas, sino en doctos artículos de revistas extranjeras, de reducir la representación teatral a un diálogo ante cortinas, dando así todo valor a la palabra y dejando libre la imaginación del público, ahorra, desde luego, todo gasto de escenografía; pero resulta por extremo discutible no sólo en cuanto a su aceptación por los espectadores, sino también en cuanto a su propia calidad de solución artística.

Tal es, en síntesis, el problema teatral en el mundo. En la raíz de él hay, como no podía menos de ocurrir, una crisis de autores dramáticos. El "Daily Telegraph", en su número del pasado 25 de octubre, titulaba, a tres columnas, un largo artículo de Darlington de esta manera: "¿Dónde están los nuevos dramaturgos?"

La difusión del existencialismo

Por Leopoldo Eulogio Palacios

¿Qué es el existencialismo? La palabra ha bajado a la calle y se ha puesto a rodar por los corrillos y las plazuelas públicas. Es un nombre sonoro, y no hay que olvidar la observación de Meffatófeles a Fausto: "Con palabras se inventa un sistema." Claro, señor diablo, que yo no soy tan nominalista como usted, y quiero distinguir las palabras de sus significaciones conceptuales. ¿Qué significa entonces el existencialismo? La nueva doctrina podría caracterizarse como la filosofía de la existencia personal del hombre, pero no de un hombre general y abstracto, sino del hombre que se hace a sí mismo en la libre elección de su destino. Es imposible después ser muy explícito sin entrar en distingos y explicaciones, que anularían de antemano el próspero suceso de este artículo.

Digamos, sin embargo, que se trata de una filosofía que orienta sus investigaciones hacia lo singular y lo concreto, que en este caso es nuestra existencia personal. ¡Basta de fórmulas abstractas! El hombre quiere dejar de ser para el existencialismo la definición de una esencia en la que se delimita el contenido de una naturaleza inmutable. Ya el pensador danés Soren Kierkegaard había adoptado una postura parecida frente al idealismo de Hegel, que se le antojaba escandaloso, y hoy la toma Heidegger frente al

racionalismo de su maestro Husserl, fundador de la fenomenología teórica. El hombre, más que un ser hecho, es un poder hacerse, que tiene que estar siempre eligiendo en la alternativa de sus posibilidades, pues la vida nos es dada, pero no nos es dada hecha, sino que tenemos que hacerla nosotros, y cada cual la nuestra.

El existencialismo seduce mucho a la mentalidad contemporánea por el repertorio de sus temas y por estar vuelto por completo a los conflictos de la vida humana y a lo que somos cada cual, no considerados como ideas, sino como realidades vivientes y existentes. Y de esta suerte, la seducción que ejerce la historia de todos los días, al convertirse en doctrina filosófica, lleva al campo doctrinal los encantos del drama que desempeña el hombre en el teatro de este mundo.

En cambio, parece que el sino del existencialismo no le ha permitido cumplir los intentos que animaran a Heidegger. Este quiso elevarse a construir una ontología donde respondiese a la pregunta por el sentido del ser, cuestión fundamental en la filosofía de siempre. Y como el hombre tiene el privilegio de interrogarse por el ser, determinó el germano comenzar en sus tareas por un análisis preliminar del ser de la existen-

cia humana que somos cada uno. Así nació esa espléndida hermenéutica de que dan testimonio las mejores páginas de "Ser y Tiempo", exordio para la alzada de un tratado del ser en cuanto tal, que aun no ha logrado elaborarse y cuya ausencia viene frustrando hasta el presente los generosos designios de su autor.

Las páginas de Heidegger son como los prolegómenos de una metafísica futura que no llega, quizás porque llevan en sí el secreto de la imposibilidad de semejante metafísica. Este sino del existencialismo, que le limita a tratar de la existencia del hombre sin elevarse al esclarecimiento del ente en cuanto tal, se ve mejor en Jaspers, que no pretende superarlo con miras tan ambiciosas como Heidegger. Y pesa también, a su manera, en los existencialistas franceses, bien sean ateos, como Jean Paul Sartre, bien sean cristianos, como Gabriel Marcel. Mas esta preocupación por la aventura del hombre en el mundo, que es la nota común de la escuela, da al existencialismo un matiz romanesco, bajo el que son tratados temáticamente y con grandes pretensiones de rigor los conflictos de nuestra misera existencia de hombres de carne y hueso, angustiados y amenazados de inevitable muerte.

No es raro que el existencialismo, en virtud de esta peculiaridad tan suya, haya podido descender desde las cátedras universitarias a los veladores de café. Es la distancia que media entre el existencialismo de Martin Heidegger y el de Juan Pablo Sartre, ponga por caso. Los veladores de café no tienen existencia personal, diría Martin Heidegger: carecen de inquietud y de cuidado. Y aunque esta falta de inquietud de los veladores no la discutirían ni los mismísimos espiritistas, cabe, con todo, preguntarse qué clase de inquietud es la que mueve a los hombres que disputan de existencialismo en torno de ellos.

El hombre que ha logrado elevarse a una existencia auténtica y ha hecho suya la convicción de la infinita vanidad de todo, ¿qué sentirá al ver al existencialismo trivializarse por el espíritu impersonal y gregario de la gente? Sin embargo, no por trivializarse en las tertulias del París de la posguerra o de la actual Italia republicana y democrática deja el existencialismo de poder dar razón de sus propias trivialidades. La modalidad inauténtica de la existencia es tan constitutiva del hombre como la auténtica. Es más, no puede haber existencia auténtica sin un trasfondo de inauténticidad, que es la calda en el espíritu gregario. Hasta la más elevada forma de vida puede trivializarse, y con ella traccionar a la metafísica, que es obra suya.

Cada hombre tiene su peculiar filosofía. Por eso el existencialismo, al menos en algunos de sus representantes más genuinos, no pretende ser un sistema, porque es absolutamente imposible encerrar el universo del hombre individual en un conjunto de fórmulas más o menos abstractas, y, además, como sucede en Gabriel Marcel, es hijo de una experiencia personal e intransferible. Lo grave del caso es que entonces la expresión filosofía, aplicada a las construcciones existencialistas, se hace radicalmente equívoca, y habrá tantos existencialismos como existencialistas. No es una solución muy gravosa, pero sí difícilmente aceptable, cuando se trata de entendernos. Toda inteligencia entre los hombres se basa en una comunión de ideas de validez universal y no en experiencias que no pueden objetivarse.

De hecho, si logramos entender al existencialismo, es porque piensa en conceptos generales y no hace otra cosa que analizar y definir esencias como el más pintado seguidor de la fenomenología teórica. Y no cabe duda de que por esta inevitable tracción a su espíritu inicial ha podido un pensamiento basado en la experiencia más personal, y que en algunos casos no ha pretendido superarla, lograr extenderse y divulgarse por todas partes, y hasta convertirse en un estribillo de moda.

tado habrá tenido campo de ejercitar en esta región de facilidades aquella tolerancia y hasta aquellas virtudes de simpatía y beneficencia que resultan imposible evitar cuando se trata de organizaciones oficiales, sea que el favor venga del Poder, sea que lo derrame la efectiva indiferencia de la masa. Es muy difícil que en el concurso abierto para erigir una estatua al político de Cuenca no salga premiado un escultor de Cuenca. Y muy duro el rechazar la obra de un empujado que lo solicita armado con una trompetilla acústica, o de una señorita que hace personalmente sus gestiones desarmada de lo que un día concedió ejemplar inmortalidad al nombre de Lucrecia. En la nómina de los ciento cincuenta artistas reunidos para Buenos Aires, bien puede calcularse en un quinto lo aportado por la impura condescendencia. Aquí, por lo menos, existe la ventaja de que esta aportación no ha desalojado ni sumergido a la otra. Ya hemos empezado por subrayar el carácter excepcional de tan importante manifestación.

La Academia Breve como seminario

Descontada esta parte, prescindiendo de otra cuya presencia era, por decirlo así, protocolaria —una alta cortesía aconsejaba que en el conjunto se destacase el retrato de la condesa de Motrico, esposa del embajador de España, o el de don Juan Francisco Cárdenas, embajador que fué en los Estados Unidos, obras, por azar afortunado y diverso, excelentes las dos—; reconocida la razón histórica de que el arte español fuera honrado en la coyuntura, con los ejemplos magistrales que destacábamos hace un momento, nos encontramos con un remanente de cincuenta lecciones, que al curioso desinteresado de elementos halógenos a la estética le importa en el arte español contemporáneo recoger. Y ahí viene la aplicación del tema inicial de nuestras reflexiones, de lo que pudiéramos llamar el secreto de la causalidad histórica. ¿No estamos en presencia de una iniciativa oficial? ¿No ha pretendido la iniciativa oficial esta vez traducir fielmente la realidad de nuestras cotizaciones artísticas actuales? La tabla oficial de valores, empleada en análogos casos pretéritos, no le ha valido esta vez. Tampoco hubiera podido valerle la tabla popular, formada entre improvisaciones y gacetiillas; tampoco hubiera podido valerle. ¿De qué partir, pues? Inevitablemente, de la eficien-

cia de un grupo, de un grupo reducido. De una tertulia, para decirlo a la española; intermedia, acaso, entre las vulgares tertulias de café y las academias encopetadas. Ahora, Dios sea loado, la activa eficiencia tra para el bien, para el orden, para la cultura. En esta fuente ha bebido la organización de la Exposición de Buenos Aires a boca llena.

La Academia Breve de Crítica de Arte viene actuando en Madrid desde hace un quingüento nada más. Medio siglo de producción representan las obras recogidas en el Museo de Arte Moderno y que se ajustan a los límites cronológicos de la actual Exposición. Ya va dicho cómo las que significan una actitud victoriosamente militante cabe cifrarlas en una cincuentena, dentro de la misma. Pues bien, respecto de la mitad de esta cincuentena hay que reconocer cómo ha sido la Academia Breve la que ha señalado los nombres de los autores, la que los ha impuesto, entre combates, a la pública consideración, por medio de sus dos instrumentos fundamentales: el anual Salón de los Once y la anual Exposición Antológica. Los artistas, por otra parte, han sido los primeros en reconocerlo así. Las fichas personales, por ellos mismos proporcionadas, insertan preferentemente la mención de haber sido escogidos en alguno de los certámenes de la Academia Breve los pintores José Aguilar, Pedro Bueno, José Caballero, Francisco Cossío, Alvaro Delgado, Rafael Durancamps, Juan Antonio Morales, Benjamín Palencia, Pedro Bruna, Agustín Redonda, José Romero Escalá, Alfredo Siquella, Francisco Serra, Serrano, Rosario de Velasco...; los escultores Casanovas, Marés, Planes, Sanz, Ferrant, Pablo Gargallo... Hoy el nombre de éste no está lejos de representar en la escultura, para los más jóvenes, lo que en la pintura representa el de Pablo Picasso. Y Rafael Zabaleta, para el centro artístico de Madrid, como Miguel Villá, para el de Barcelona, ascienden en este momento a ojos vistas a ocupar los lugares de magisterio dejados vacíos por la desaparición, aquí, de José Solana; allí, de Isidro Nonell.

La Academia Breve—ni oficial, ni popular, ni hija de la espontaneidad social, grata a Julio Palacios; ni de la intervención oficial, preconizada por los autoritarios—ha representado para la Exposición del Arte Español Contemporáneo en Buenos Aires lo que representaron las "sociétés de pensée" de Cochin, en lo siniestro, para la toma de la Bastilla para la ejecución del rey de Francia.

Suárez Veintimilla, el hombre de la ley

Decididamente, el Ecuador es un país volcánico. La cordillera de los Andes, que le sirve de espina dorsal y alberga a la mayor parte de su población, se engalana con varias docenas de cráteres, gracias a Dios apagados en su mayor parte, aunque uno de ellos—el Sangay—se halla en erupción continua, como un respiradero salvador del fuego de las entrañas telúricas. A su vez, la breve historia independiente del país, nacido el año 1830, ha reventado en centenares de revoluciones y motines y ha conocido en ciento diecisiete años nada menos que dieciséis Constituciones políticas. Solamente Bolivia es comparable a este fenómeno de volcanismo constitucional.

La Constitución décimosexta data del año 1945, y fué aprobada por una Asamblea Nacional que se reunió a raíz del golpe de Estado que depuso al presidente Arroyo del Río para colocar en su lugar al doctor Velasco Ibarra, legitimó a éste en la presidencia de la República y organizó sobre nuevas bases la vida del país. Esta Constitución estuvo en vigencia normalmente hasta la noche del 23 del pasado agosto, víspera de San Bartolomé, noche en que el coronel Carlos Mancheno, ministro de la Guerra a la sazón, rodeó de tropas la casa presidencial y obtuvo del doctor Velasco Ibarra una renuncia formal a sus derechos, más el nombramiento del mismo coronel Mancheno para la jefatura del Poder ejecutivo. El golpe de fuerza de Mancheno era un auténtico "cuartelazo", un "quitate tú para que me ponga yo", sin la más leve justificación nacional, sin doctrina ni fundamento, agravado además por la circunstancia de que Mancheno era amigo de Velasco Ibarra. Este viejo político, orador famoso y agrio carácter, había perdido la amistad de su ministro de la Guerra lo mismo que su antigua popularidad en el país. Nadie movió un dedo para defenderle. Su renuncia, ciertamente poco gallarda y además ilegal por su designación de sucesor, fué acogida por los ecuatorianos con un suspiro de alivio.

Un vicepresidente

Pero si había caído un Presidente, no por eso debía morir la legalidad constitucional. El primer mandatario se había comportado cobardemente ante el tiroteo de Mancheno, pero la Constitución de 1945 seguía en vigor, y en ella se preceptuaba la existencia de un vicepresidente de la República, sustituto del Presidente en casos como el ocurrido. Este vicepresidente era el doctor don Mariano Suárez Veintimilla, antiguo jefe del partido conservador y presidente de la última Asamblea, un verdadero hombre de carácter, católico ejemplar, vástago de una tradicional familia de Imbabura—en el norte del país—, hermano de un nobilísimo muchacho—Javier Suárez Veintimilla—, que en 1923 dió su vida por España en los campos de Marruecos, después de haber estudiado en la Academia Militar de Valladolid y obtener del mismo rey Alfonso XIII el permiso para luchar en África como alférez honorario de nuestro Ejército.

Este prodigio de energía y de nobleza radicaba en la sangre de los Suárez Veintimilla. Cuando los enviados de Mancheno rodearon la casa del vicepresidente y le intimaron la renuncia constitucional, don Mariano Suárez contestó sencillamente que no y se puso en pie para que, si querían, le llevaran detenido al Panóptico, esa vieja "Cárcel Modelo" de García Moreno, que ha conocido jornadas tan horribles como el asonato de Eloy Alfaro y sus compañeros en 1912. Su gesto desarmó a los emisarios, que le dejaron en libertad, aunque amenazándole gravemente. Suárez Veintimilla los despidió advirtiéndoles que estaba dispuesto a cumplir con su deber, en uso de la Presidencia de la República que legítimamente le correspondía. Llamó a prohombres de varios partidos políticos, formó un

CRONICA DEL ECUADOR

Gobierno simbólico en su casa y empezó a dar decretos como si estuviera en plena normalidad. Para que nadie creyera en ambiciones personales, que él estaba muy lejos de sentir, anunció a la prensa que renunciaría en el mismo momento en que se reuniera el Congreso extraordinario que él acababa de convocar. Conviene recordar que había habido elecciones legislativas—las primeras libres y auténticas del Ecuador, según opinión unánime—pocas semanas antes del golpe de Estado. La soberanía nacional estaba en manos de los recién elegidos representantes del pueblo, y Suárez Veintimilla juraba por su honor renunciar ante la Cámara, una vez que se salvara la legalidad constitucional del país y desapareciera la dictadura de Mancheno.

Mal momento

Mal momento había elegido el coronel Mancheno para dar satisfacción a su personalísima apetencia de Poder, falta de toda razón patriótica y no compartida en realidad por la mayor parte del Ejército ecuatoriano. En los mismos días del golpe de Estado se hallaba reunida en Río de Janeiro la Conferencia Panamericana, y en ella se encontraba el ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, doctor Juan Vicente Trujillo, dispuesto a presentar—según parece con probabilidades de éxito—una propuesta que, condenando las guerras de agresión en el continente y propiciando la devolución de las adquisiciones territoriales mal adquiridas, daba esperanzas al Ecuador de recuperar los inmensos territorios amazónicos perdidos a manos del Perú en 1942. Nadie puede imaginarse hasta qué punto existe en el Ecuador una fobia antiperuana y con qué afán se asienta en todas las clases sociales la reivindicación del Amazonas. El golpe de Estado de Mancheno, planteando en la Conferencia de Río el problema del reconocimiento del nuevo Gobierno, dejó al doctor Trujillo sin credenciales ante sus colegas. Mancheno, considerado poco inteligente hasta por sus amigos personales, había cometido el inmenso error de satisfacer su ambición personal a costa del mismo honor de su país.

Esta consideración patriótica fué, seguramente, la que decidió en primer término el milagro de la legalidad ecuatoriana. Aunque no faltaron políticos que ayudaron a Mancheno, entre ellos algunos liberales masónicos y algunos socialistas, la reacción del país—pasado el primer momento de estupor—fué absolutamente favorable a la reivindicación legal de Suárez Veintimilla. Un coronel retirado, Vaquero Dávila, encabezó en el centro de la República un movimiento "constitucionalista", que no era liberal ni conservador, sino simplemente patriota, empeñado en restaurar la dignidad del país y la del Ejército. Mancheno se aprestó a la lucha, y hubo sangre en las cercanías de Ambato; pero la decisiva guarnición de Guayaquil se unió a los sublevados, y el desdichado coronel optó por retirarse al refugio de una embajada. Dejó el Poder en manos de una junta liberalmarxista, de sospechoso tono rojo; pero el legítimo Presidente Suárez Veintimilla—oculto en los últimos días de conflicto armado—se presentó a medianoche en la plaza de Quito, rodeado por un puñado de amigos inermes, y escaló serenamente las gradas del palacio del Gobierno, en medio de una turba hostil que le dejó pasar con asombro. Es que delante de ella pasaba la ley. La figura menuda y cenicienta de Suárez Veintimilla, el odiado "curuchupa" de los panfletos masónicos y marxistas, se impuso sobre el populacho con su dignidad de hidalgo castellano.

Y como nobleza obliga, apenas reunido el Congreso convocado de nuevo, el legítimo Presidente de la República renunció a su cargo y pidió a los diputados eligieran un hombre austero para el gobierno de todos los ecuatorianos hasta el término del mandato que abandonó Velasco Iba-

rra, es decir, hasta agosto del próximo año 1948. El Congreso eligió para la Presidencia de la República a don Carlos Julio Arosemena, un caballero de Guayaquil, católico de tendencias templadas, ajeno a la política, y para vicepresidente al doctor José Rafael Bustamante, anciano ideólogo liberal de unánimes respetos. El villpendido "curuchupa"—nombre aplicado a los conservadores ecuatorianos por la plebe—había demostrado que con su reivindicación constitucional no pretendía ventajas personales ni para su partido, sino sencillamente la legalidad de su país.

Don Mariano Suárez Veintimilla ha vuelto a su cristiano hogar y a la dirección de "El Debate", modestísimo órgano de prensa del partido conservador, que no responde ni de lejos a la importancia de este partido, que hoy ocupa aproximadamente la tercera parte de las bancas del Parlamento, con una fuerza pareja a la del viejo liberalismo y el nuevo socialismo, un tanto permeado de influjos comunistas. Para las elecciones presidenciales, que se celebrarán en mayo, los conservadores no parecen contar con un candidato propio, y seguramente darán sus votos al doctor Trujillo, que acaba de renunciar a su cartera para competir en los comicios frente a don Galo Plaza, candidato de la mayor parte de los liberales y los marxistas. El partido conservador ecuatoriano, unido a otros grupos de derecha, como el partido demócrata y la Unión Ecuatoriana, no piensa en estos momentos más que en asegurar la libertad del sufragio, lastimosamente negada para él desde que le apartó duraderamente del Poder la revolución liberal de Eloy Alfaro en 1895. Más de cincuenta años de ostracismo, con temporadas de cruenta persecución, son un serio "handicap" para los conservadores; pero ellos se aprestan a la lucha pacífica con más entusiasmo que nunca, bajo la aureola de prestigio del doctor Suárez Veintimilla.

Milagro de legalidad

Suárez Veintimilla ha hecho en el Ecuador un verdadero milagro, el milagro de la legalidad y la concordia civil. Hace pocos días se reunieron, para ofrecerle un homenaje, con la presencia del Presidente Arosemena, don Galo Plaza y don José Vicente Trujillo, el líder socialista Benjamín Carrión y el también marxista, presidente del Congreso, doctor Andrade Marín, cantidad de liberales y sus amigos conservadores. Fué un espectáculo nunca visto en la volcánica política del Ecuador. Al ofrecerle el homenaje, no faltó algún orador de origen liberal que atacó ceñudamente al Ejército, propugnando nada menos que su extinción absoluta, ingenuo remedio a los males políticos del país. El doctor Suárez Veintimilla, ponderado y sereno, hizo la defensa de la ley y el elogio del Ejército, sin confundir las cosas ni sacarlas de quicio. Contraponer a los civiles con los militares y achacar a éstos todos los males de un país, es una ingenuidad o una malicia, en la que el "hombre de la ley" del Ecuador sabe no incurrir.

Nadie sabe si los volcanes políticos del Ecuador volverán a entrar en erupción sin justa causa, echando por tierra la obra ejemplar de la contrarrevolución constitucionalista. Los ecuatorianos mismos no se hacen ilusiones; pero algo han ganado en mutua confianza, desde el momento en que el homenaje a Suárez Veintimilla ha tenido un auténtico carácter nacional. He aquí que este hombre sencillísimo y modesto, con su recia hidalguía ejemplar de estirpe hispánica, ha colocado en la galería de los presidentes del Ecuador un retrato bien poco conocido: la efigie de un "hombre de la ley".

"Rusia tiene la mano al Asia no para que abraze su ideal ni para que comparta sus concepciones sociales, sino porque los 800 millones de asiáticos le son necesarios para abatir el imperialismo y el capitalismo europeo." (Zinoviev en 1920.)

LIBROS DE HOY Y DE MAÑANA

Democracy should it survive? (¿Sobrevivirá la democracia?). Londres. Ciento treinta y seis páginas.

Esta obra expone las bases filosóficas de la democracia tal como la ven los pensadores y políticos internacionales como Walter Lipmann, Luigi Sturzo, Jacques Maritain, Gerald Vann, sir Stafford Cripps, A. D. Lindsay, William H. Russell, Philip Murray. Se trata de un conjunto de monografías sobre aspectos de la democracia: social, pedagógico, económico, político, filosófico y religioso. Todos los citados escritores—que, por cierto, han vivido ambas guerras, la del 14 y la actual, como hombres ya maduros—coinciden en lo esencial; es decir, en que el hombre ha olvidado su dignidad de criatura divina.

Ya Proudhon, y también Donoso Cortés, escribía hace un siglo que en el fondo de todo problema político va implicado un problema de teología; y este libro, que es, además de una serie de juicios, un grito de angustia, muestra la verdad profunda de tal afirmación. Al concepto cristiano de la dignidad humana se opone lo que la sociología llama "instrumentalismo", donde el individuo, convertido en mero instrumento del Estado, no puede cometer más pecado que el del acto antisocial ni ejercer más virtud que la sumisión a la sociedad omnipotente. Entre ambas actitudes—la apelación a los principios cristianos y el instrumentalismo sociológico—queda planteado un irreductible y categórico problema. Sintomático a este respecto es que varios de los que invocan el cristianismo, y no todos lo hacen, no se colocan de hecho sobre unos postulados claros y formalmente cristianos.

Las monografías, en su mayor parte, fueron escritas hacia el fin de la guerra y reflejan aún con fuerza los juicios implacables de las democracias contra sus enemigos: el nazismo y el fascismo. No hacen, empero, lo mismo con el totalitarismo comunista, y esto es lo que en esta obra hay de jadeante actualidad y lo que hace que recordemos especialmente esta frase de Jacques Maritain:

"El espíritu cristiano está amenazado hoy por enemigos implacables, fanáticos de la raza y de la sangre, del orgullo, del dominio y del odio" (página 117). Por esto, la interrogante que le queda al lector en la mente es si estas democracias, frente a la agresión del "bárbaro totalitarismo" comunista que las amenaza de muerte, sabrán y podrán realmente defenderse.

PLINIO SALGADO: *Vida de Jesús*. Escelicer. Madrid, 1947. Un vol. de 657 pág., 100 ptas.

"No hice aquí obra de erudición o de exégesis. Estas narraciones son el espejo de un sentimiento que vive en mí y en mí explícito todo." Esta frase con que el autor encabeza su libro advierte claramente al lector cuál es el enfoque de esta "Vida de Jesús", que no pretende resolver problemas críticos, sino reconstruir, a la llama de una fe vívida, el ambiente humano en torno del Maestro.

En efecto, más que a las obras de Grandmaison, Lagrange o Ricciotti, recuerda ésta las "Vidas de Cristo" de Veullot, Mauriac o Papini. Sus páginas rezuman sentimiento religioso; el estilo, muy expresivo, lleva a flor de piel una exaltación misionera y una alegría espiritual que recuerda el lenguaje de los apóstoles. Se trata de un verdadero poema en prosa, donde forma y fondo se unen en un alto vértice de pasión sobrenatural. Y todo ello al hilo de pasajes y diálogos tomados de los textos evangélicos y cimentado en una erudición tan sólida como discreta, que crea a lo largo de todo el relato una atmósfera de seguridad, no empañada siquiera por la gran parte de interpretación personal que pone el autor.

El escritor brasileño Plinio Salgado ha dado a la literatura portuguesa una "Vida de Jesús" de gran estilo, cuya actual traducción al español es oportuna. Sin duda, la abundante bibliografía que ya existe en España sobre el tema no resta-

rará interés a este libro, donde lo más descollante es, aparte la huella poética que pone constantemente el autor en la temática clásica de estas obras, el método paisajístico, de recomposición del clima humano, que se emplea con gran acierto, actualizando el relato y poniendo la figura de Jesús en la línea de sensibilidad propia del hombre de nuestro tiempo.

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO: *Lo vivo y lo muerto en la idea liberal*. Madrid, 1947.

El triunfo de las potencias democráticas en la última guerra, con el fracaso estruendoso de los totalitarismos antiliberales, parece dar un rotundo mentís a la supuesta decadencia del liberalismo. ¿Cuál es, verdaderamente, la situación presente de lo liberal en el campo de las ideas y de las realidades?

El liberalismo es algo mucho más complejo de lo que aparentemente se estima, puesto que se extiende a todos o casi todos los campos de la acción y del pensamiento. El análisis que de este complejo hace el señor Ruiz del Castillo es a la vez minucioso y claro. Comienzan entrando el concepto de liberalismo y distinguiendo lo que tiene de "lógico" como derivado de ciertos principios, y lo que tiene de "vital", de histórico, de condicionado por las circunstancias en que nace. Lo primero, lo lógico, se va actualizando por la interpretación, por la acomodación a las necesidades de cada momento. Andando el tiempo, esta aclimatación a necesidades concretas ha producido una doble tensión: la de liberalismo y democracia, por una parte; la de libertad, socialismo, por otra. Y todavía hoy dos grandes problemas han puesto a prueba el sistema liberal y aun los principios mismos del liberalismo: las relaciones con la Iglesia y el concepto de nacionalidad.

Toda la evolución de la idea liberal, con sus cambios y sus modificaciones ante realidades concretas, es diseccionada con precisión, delimitando y apartando lo que en el camino quedaba sin valor y sin posible vigencia. Hoy, después de las convulsiones de los últimos años, ¿qué queda? "Ya no es el "sistema" liberal—sistema que es un complejo de idea y de necesidad, de aspiración y de ambiente histórico—, sino la "tendencia" liberal lo que puede tener valor y vigencia relativa." Sólo muy pocos principios permanecen ya, y quizá no todos sean comunes a las veinte o treinta especies de liberalismo que Siegfried Marc catalogaba en 1938. ¿Cuán difícil se hace reconocer en esta herencia al liberalismo de principios del XIX!

ARTHUR KOESTLER: *El cero y el infinito*. Ediciones Destino. Barcelona, 1947. Un vol. de 293 páginas, 32 ptas.

Dentro de la serie de libros publicados sobre el comunismo ruso por antiguos militantes del partido, esta obra de Koestler ha encontrado una resonancia especial en el público y en la crítica de todo el mundo.

"El cero y el infinito" es uno de los más duros alegatos públicos hechos contra el régimen soviético por alguien que conoció muy de cerca los terribles procesos de depuración de 1935. La prensa comunista ha dado sistemáticamente la llamada por respuesta, atacando más bien al hombre que a los argumentos que se esgrimen en el libro.

La tesis fundamental de la obra—expuesta con gran habilidad a lo largo de una trama novelesca cuyos protagonistas son dos revolucionarios—es la siguiente: hay dos concepciones del mundo. Una, aquella en que el individuo es simplemente un cero frente a una cantidad infinita, representada por los fines colectivos; este fin justifica todos los medios y permite y aun exige que el individuo se sacrifique a la comunidad, la cual puede disponer de él como de un conejo de Indias. La otra concepción, cristiana

y humanitaria, declara que el individuo es sagrado, defiende un destino libre y personal y proclama que las reglas de la aritmética no pueden ser aplicadas a los hombres.

La trágica equivocación del ideal marxista se le revela de pronto al comunista Rubachof, a los cuarenta años de vida revolucionaria, cuando en la celda de condenado a muerte se encuentra de pronto con su "yo", con ese yo que, según los intelectuales del partido, no era más que una ficción gramatical. Estas últimas páginas del libro poseen una indudable fuerza dramática y son un digno remate de la obra de Koestler, que constituye, sin duda, un documento humano valioso, muy merecedor de ser meditado en estos momentos.

Britain and her Birth-rate (La natalidad en Inglaterra). Londres. John Murray. Doscientas cuarenta y cinco páginas.

Este libro anónimo ha sido compuesto por la organización Mass-Observation, grupo científico dirigido por Tom Harrison y H. B. Wilcock, que se propone estudiar los movimientos de opinión en Gran Bretaña por medio de amplias encuestas, que luego publica sistemáticamente en sus informes. Este es el sexto de una serie relativa a los diversos problemas sociales, económicos e industriales de la postguerra en Inglaterra. El libro de Mark Abrams, que también hemos resumido, era esencialmente una obra técnica repleta de cifras y estadísticas, y mostraba la situación demográfica de Inglaterra. La obra que reseñamos ahora aborda el otro aspecto de la cuestión: busca las razones de la disminución de la fecundidad de los matrimonios ingleses consultando directamente a las mujeres de las diversas clases sociales de la Gran Bretaña; así tenemos las razones precisas y los verdaderos motivos de este descenso de la natalidad. Son numerosas, y es imposible enumerarlas aquí con detalle: condiciones sociales, prejuicios contra la familia numerosa (se ridiculiza a los padres que tienen muchos hijos), vergüenza de tener hijos pasada la edad de treinta y cinco a treinta y siete años, cuando el hijo mayor tiene ya la edad suficiente para abandonar la escuela; egoísmo, deseo de controlar los nacimientos (lo cual incita a reducirlos), etc. El capítulo más interesante es el que trata de la influencia de la disminución de la fe religiosa en la familia inglesa, y pone de relieve que "las familias católicas inglesas son las que tienen mayor número de hijos". La oposición entre esta actitud y la de los padres ingleses que, todavía en los momentos actuales, perseveran en su voluntad de no tener más hijos que los que ya tienen, plantea un problema que excede notablemente los límites de la mera estadística demográfica. El autor anónimo del informe observa con melancolía que las medidas legislativas y los planes no son eficaces más que allí donde ya existe la voluntad de tener hijos, y condena "la ignorancia y la apatía", que empujan a la Gran Bretaña a una situación demográfica catastrófica; pide "nuevos medios" para contrarrestar el descenso de los nacimientos en su país, descenso que le parece "sombrio". La conclusión de esta encuesta debería impulsarlo a buscar precisamente en la moral católica, cuya acción benéfica reconoce, las bases del renacimiento demográfico de su país.

MARK ABRAMS: *The population of Great Britain (La población de la Gran Bretaña)*. Current trends and future problems. George Allen and Unwin Ltd. Londres, 1945. Cincuenta y una páginas.

Sabido es que el porcentaje de natalidad de la Gran Bretaña ha descendido considerablemente en los últimos sesenta años; pero hasta hace muy poco tiempo, los estadistas no se habían preocupado de poner en práctica técnicas

Panorama de la poesía española actual

Rebasada ya la década—de tan considerable importancia—que se iniciara en 1936, es hora de pasar nueva y diligente atención en el caso de nuestra actual poesía, depurada y traída a singular trance a través de la decisiva experiencia de esos años.

Tras la espléndida floración de poetas que precediera inmediatamente a la fecha iniciadora de este período, y después del casi total silencio de voces poéticas consecuente a los años de guerra, un panorama inquietante y pleno de los más diversos augurios se ofrecía a la expectación del crítico literario. Pronto se esclareció algo que todavía subsiste como un postulado para el enjuiciamiento de la más reciente literatura española: la superioridad manifiesta de la poesía—y concretamente, de la lírica—sobre todos los demás géneros.

Esta superioridad se hizo ostensible no sólo por la mayor calidad y riqueza de contenido estético, sino también por la integración en las producciones de nuestros poetas de una serie de valores, suficientes por sí solos a fijar el sentido y aspiración de todo un movimiento cultural. Como sintomática se apreció esta primera arrancada de la creación por el cauce poético. Los años fueron perfilando la importancia y caracteres del fenómeno en su clara e indudable significación. Podemos hoy, en efecto, dar por segura la tesis de que la actual poesía marca el ápice de nuestra moderna obra literaria.

Los poetas

Todos los felices logros correspondientes a la anterior pléyade, a la que aludíamos como pre-

cursora de los actuales poetas de España, daban base prometedora a lo después manifiesto, con la sorpresa de muchos, en una extensa y sustanciosa producción, cuyas calidades serán más y mejor estimadas cada día. Digno y obligado es, hoy por hoy, ir haciendo justicia a nuestros poetas.

Conveniente es decidir, con una relativa arbitrariedad en cuanto a las edades de los autores, su encuadramiento en una etapa anterior o posterior a 1936. Los que con anterioridad a esta fecha poseían ya obra considerable son en nuestro momento los llamados a clasificarse bajo el inevitable, bien que rutinario e imperfecto, apelativo de "consagrados". Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, José María Pemán, Rafael Sánchez Mazas, Luis Felipe Vivanco, Agustín de Foxá, Eugenio Frutos, Adriano del Valle, Dionisio Ridruejo, José María Alfaro y algunos más formarían en la lista de aquella primera época, ya brillantemente ingresada en uno de los mejores capítulos de nuestra moderna literatura.

De particular dificultad resultan siempre las clasificaciones de modalidades poéticas en escuelas o grupos. Hablando, cuando más, de tendencias, éstas vinieron a resumirse sobre 1940 en las dos tradicionales direcciones que, teniendo radicales diferencias esenciales, acostumbran a diferenciarse, por lo común, en cuanto a la preferencia por las formas cuidadas, hechas, o por las de mayor libertad retórica. Tal distinción, a la postre, sirve de buena referencia para iniciar un deslinde de actitudes poéticas, lo único que en definitiva nos puede interesar.

Se habló, pues, como siempre y no sin exactitud, de un neorromanticismo y de un neoclasicismo contemporáneos, pugna pronosticada muy pronto por Dámaso Alonso con la fácil conformidad de cuantos, usando de algún esmero y atención, se enfrentaron con el caso. Llegó, como también era de esperar, la neutralización de las dos tendencias, viniendo a quedar todo en un saludable y esperanzador equilibrio—el que hoy, sin entrar en más, consignamos—, quedando destacada al presente una línea de ejemplar pureza y sentido.

Con esta estabilización se ha hecho viable, al propio tiempo, una mayor mesura en la producción de los nuevos poetas que, ya con alguna talla, se inscribieron en el "parnaso" español de los últimos años.

"Ni 'garullismos' ni 'tremendismos', nombres un poco caricaturescos de dos seudoesuelas—ha escrito recientemente Gerardo Diego—. Pasó la boga exclusiva de los sonetos tersos, dulcemente elegíacos, exangües e intercambiables. Pasó también la manía feroz de acumular lavas, espumas, espantos con mucha "tierra", mucha "sangre" y mucho trascendentalismo sideral. La disputa sobre estética y humanidad absurdamente contrapuestas, como al el estrechamiento humano fuese incompatible con la sed nobilísima de belleza o tuviese algo que ver la mención de lacras, fealdades y odio con la plenitud de un corazón y de una mente generosa, quedó cancelada, agotada en su propia esterilidad. Y entre los nuevos poetas se escuchan voces enteramente nuevas, seguras de su propia voz y cuya órbita ascensional asegura una luminosa y espléndida carrera."

Una enumeración de obras, necesario repaso a la última producción, sería oportuna a nuestro propósito. De no poco interés habría de resultar igualmente una ojeada a la benéfica serie de revistas poéticas que airearon la vida literaria de los años pasados. Hoy ofrecemos una simple lista de nombres de poetas, en la que no por respetos humanos, sino por discreto servicio a la realidad, que todavía no ha ordenado los valores respectivos, es el orden alfabético el único capaz de ofrecer una solución alrosa: Carlos Bousoño, José Luis Cano, Enrique Casamyr, Carmen Conde, Victoriano Cremer, Julio Garcés, José García Nieto, Idelfonso Manuel Gil, José Hierro, Julio Maruri, Rafael Montesinos, Rafael Morales, Alfonso Moreno, Federico Muelas, José María Nasarre, Eugenio de Nora, Dámaso Santos, José Suárez Carreño, José María Valverde, Pura Vázquez, Concha Zardoya, Antonio de Zubizarre.

Balace y augurio

De indudable provisionalidad, los juicios hoy admisibles no pueden tocar ni siquiera al esca-recimiento de cuáles hombres quedarán y cuáles han de transcurrir sin dejar más huella en las letras españolas. Si cabe señalar lo satisfactorio del balance de una década de nuestra poesía. Por todas partes, y a medida que el fenómeno va mostrándose en su verdad, crece la seguridad de hallarnos ante un considerabilísimo auge lírico, lo cual representa el modo más noble y eficaz en que pueda oespuntar una literatura, superadora ya de larga y difícil crisis. Dictamen de muy posible acierto es el que presiente la llegada de una alta e intensa poesía, de menos meditada contextura ideológica, pero de mayor fineza sentimental. Se han atemperado los desgarros tremendistas y se han superado las vanidades retóricas. No es aventurado avistar del próximo florecimiento de una serie de personalidades poéticas de primer rango, cuyos iniciales destellos han dado ya en los ojos a la crítica más madrugadora y atenta. Si el vivir actual, lleno de escabrosidades y de prohibitivos acucios, impide hoy al público la formación de un firme criterio y hasta el deleite de conocer con calma excelentes conquistas estéticas, es muy de esperar que la evidente riqueza de nuestro panorama poético conseguirá, no tardando mucho, una más completa valoración.

precisas para medir el estado y movimiento de la población. El librito de Mark Abrams es el primer volumen de una serie de estudios del Departamento de Investigaciones de la London Press Exchange sobre los problemas fundamentales de la postguerra en Inglaterra. Estudia la situación anterior a 1939, haciendo un rápido bosquejo histórico del movimiento de la población inglesa desde el siglo XVIII hasta dicha fecha, demostrando que desde 1881 a 1936 el índice de fecundidad bajó en un 60 por 100, y que si los índices de natalidad de este período continuaran, la población disminuiría en un 20 por 100 cada generación. Estudiando las estadísticas de 1946, que señalan un total de población en Gran Bretaña de 47 millones de habitantes, Mark Abrams concluye que, al ritmo actual, la población inglesa alcanzará en 1955 un máximo de 47.500.000 habitantes, para emprender en seguida una trayectoria de lento descenso. Las causas de la reducción de fecundidad de las mujeres inglesas son, según el autor, el decrecimiento de la capacidad fisiológica de concebir, la reducción de la proporción de mujeres que se casan durante el período de fecundidad, el cambio de las condiciones sociales, que incitan cada día más a los casados a restringir el número de su familia, y, finalmente, el acrecentamiento de la eficacia de los obstáculos anti-concepcionales. La situación es tal, que un aumento respectivo y continuo de la fecundidad de las mujeres inglesas no podría modificar favorablemente los índices generales hasta pasado cierto tiempo.

Libros que llegarán

HENRI GUILLEMIN: *Histoire des catholiques français au XIX^e siècle*. Paris-Genève. Editions Au Milieu du Monde. 1947. Trescientas noventa y dos páginas.

Este libro es producto de la enconada discusión entre los católicos y los socialistas de toda índole. En lugar de una historia ofrece una suma de supuestos errores de los católicos que, por su incomprensión, causaron el divorcio entre la

Iglesia y el pueblo. El libro merece leerse, porque refleja fielmente el criterio de amplios sectores hostiles a la Iglesia o dispuestos a culparla de todos los males contemporáneos.

LEOYD J. HUGHLETT: *Industrialization of Latin America*. McGraw-Hill. 1946. Quinientas ocho páginas.

GEORGE WYTHE: *Industry in Latin America*. Columbia Univ. Press. 1945. Trescientas sesenta y nueve páginas.

Aunque no sea reciente la fecha de publicación de los dos libros, se llama la atención sobre ellos, pues ambos informan bastante bien sobre los cambios económicos que los países hispano-americanos experimentaron durante el último lustro. El enfoque de los dos estudios es el de la política de la buena vecindad con Hispanoamérica.

OCCIDENTE E ORIENTE RUSSO.

A principios de año, la redacción de la revista italiana "Humanitas" entabló una encuesta sobre el tema mencionado, dirigiéndose para tal fin a destacadas personalidades de Europa. En su número de agosto-septiembre publica respuestas de Algermissen, Carlo Antoni, Chaix-Ruy, Congar, De Reynold, Ebbinghaus, Fessard, Jollivet, Palathkosky, Röpke, Spirito, Wahl, Wetter y otros.

Además estudia la misma cuestión bajo otro aspecto por Waldemar Gurian en un artículo titulado "Aspectos permanentes de la política exterior soviética".

THE AMERICAN JEWISH YEAR BOOK (1945-47): *Anuario Judío-Americano*. Publicado bajo la dirección de Harry Schneiderman y Julius B. Miller por la Jewish Publication Society of America. Filadelfia. XII + 691 págs.

En esta obra se recoge cuanto ocurrió de interés para la comunidad judaica mundial en 1945-46. Hecho con un criterio bastante objetivo, reviste un valor documental extraordinario para apreciar tanto la situación de los judíos en los Estados Unidos como el estado de cosas en Palestina y la suerte de las minorías europeas.

HOMBRE DEL DIA

George Marshall, el político apolítico

Cuando George Catlett Marshall se dirigía a tomar posesión de la Secretaría de Estado en los primeros días de enero de 1947, un periodista de Honolulu le preguntó si pertenecía al partido demócrata. El alto general de los ojos azules y de los calmados ademanes contestó secamente: "Soy militar y episcopaliano."

Sin filiación política determinada—su profesión de fe es exclusivamente militar y religiosa—, el secretario de Estado de Norteamérica representa—quizá como ningún otro hombre—pura y exclusivamente los intereses patrióticos. Marshall simboliza a todo su pueblo. En 1944 su nombre fué antepuesto al del propio presidente Roosevelt en el resultado de una de las encuestas realizadas por el Instituto Gallup sobre cuál era el hombre al que más debía Norteamérica en la guerra.

El hombre

Marshall no es hombre de gestos arrebatados ni de actitudes espectaculares. Un clásico laconismo militar repercute en su obra, y sus pausadas y tranquilas maneras se reflejan limpiamente en el espejo de su singladura castrense y política. Sus ojos reflexivos—algunas veces iluminados por destellos de acero—pueden ser el hilo de Ariadna que conduzca a la revelación de su laberinto psicológico: el pensamiento reposado y la acción dinámica. En 1917, el capitán Marshall recibe la orden de transportar 500.000 soldados norteamericanos a Europa; la preparación de los convoyes fué meditativa y laboriosa, pero la realización de la gran operación marítima constituyó un sensacional éxito de urgencia y precisión. Hombre a la vez de pensamiento y acción, Marshall abandona después las tareas organizadoras de los convoyes de tropas para pasar a la primera línea del frente francés. En los primeros meses de 1919, el generalísimo norteamericano en Europa, Pershing, desembarca en el muelle de Nueva York. Los periodistas le acosan: "¿Cuál ha sido el mejor soldado americano en Francia?" Pershing rápidamente replica: "Marshall." Ninguno de aquellos reporteros le conocía. Su fama no gozaba de la caricia popular; era recoleta, callada y silenciosa como su propia vida.

El creador de un ejército

George Marshall tiene en la actualidad sesenta y siete años. En su bocamanga brillan las cinco estrellas que proclaman la máxima jerarquía militar americana. Su historia castrense se inició en Filipinas. Contaba con poco más de veinticinco años cuando presentó a la superioridad un plan de defensa de Manila. El general Pershing comunicaba después al Estado Mayor de Washington: "Es el mayor genio militar de Norteamérica desde Stonewall Jackson."

Cuando, en 1939, el presidente Roosevelt designó a Marshall para la jefatura del Estado Mayor americano, las fuerzas militares de los Estados Unidos constitulan un núcleo ínfimo y casi acéfalo. El Ejército contaba con 175.000 soldados, el armamento era anticuado y la oficialidad no muy apta. Poco a poco Marshall inicia una titánica y, a la vez, silenciosa tarea: en primer lugar reconoce con dureza que "hay mucha cosa inútil en nuestras filas"; después pasa a la reserva a casi un tercio de la oficialidad; más tarde crea escuelas militares por todo el mapa de los Estados Unidos; por último—a los cinco años de su labor—, puede presentar a la Historia un Ejército de 8.300.000 hombres, que empuja la victoria hacia la vertiente aliada.

La figura de Marshall—menos popular que las de Eisenhower y MacArthur (un crítico norteamericano dijo en cierta ocasión que MacArthur era el mejor soldado de América, y Mar-

shall el mejor militar)—adquiere al fin de la guerra, ante los ojos del Gobierno norteamericano, perfiles casi mitológicos. Al organizador de la victoria se le considera apto para las más altas misiones de la patria: primero es enviado como embajador a China, y allí celebra el primer "round" diplomático y lejano con Stalin; después, en un momento trascendental para la historia del mundo y como un desafío a Rusia, los Estados Unidos llevan al símbolo de su Ejército y de su victoria a la Secretaría de Estado. Es preciso hablar en términos militares y con voces de mando a los dirigentes de Moscú. Marshall, serenamente, toma entre sus manos el timón de la política exterior norteamericana y acude a su primer palenque político: la Conferencia de Moscú.

Aunque Marshall no es político, conoce a fondo su papel. En Moscú revela en toda su extensión su poderosa y realista personalidad, que se alza como un muro impenetrable ante el realismo de Stalin. Sus intervenciones son secas y tajantes, pero no ofensivas. Molotov comprende, al fin, que Marshall sabe lo que quiere y adónde va. Sobre el blanco paisaje nevado de Moscú, Marshall se presenta—felizmente para la Historia—como una esfinge ante los ojos soviéticos. Un periodista ha narrado cómo, en las horas de descanso de las sesiones moscovitas, Marshall permanecía herméticamente silencioso, sin dejar adivinar a los jefes rusos su juego. Su conducta acabó por exasperar a los diplomáticos rojos. "Parece un hombre—dijo uno de ellos—con una bomba atómica en el bolsillo."

Campión de Occidente

De Moscú vuelve a Washington. Poco después publica su informe. Su lenguaje es diferente al engolado y amistoso de los "acuerdos" de Potsdam y Yalta y también al de los risueñamente esperanzadores de Byrnes. Marshall friamente acusa a Rusia y le hace responsable del fracaso de la Conferencia, y quizá hasta del fracaso de la paz europea. Después—vuelto casi definitivamente de espaldas a Rusia—el secretario de Estado pronuncia en junio su discurso de la Universidad de Harvard sobre la rehabilitación económica de Europa. En él va implícita la suprema carta que los Estados Unidos lanzan al tapete mundial. La fría oratoria del lacónico general se hace, en el discurso de Harvard, emoción y angustia, para transformarse, como dijo Bevin, "en una de las más grandes oraciones de la Historia". Al fin llega el mes de septiembre, transido de incitaciones bélicas. En el paisaje que quiso ser universal de Lake Success y que, al fin, se convirtió en un panorama infantil de "buenos" y "malos", Marshall dirige a Rusia una última y definitiva advertencia. Detrás de su voz seca y precisa, resuenan los ecos de las sonoridades históricas. Una pared impenetrable y agresiva—la de Rusia—se levanta contra sus palabras claras, y el "telón de acero" comunica, tantas veces levantado sobre la conciencia de la Humanidad como la espada de Damocles, cae al fin con violencia sobre el trágico horizonte de nuestra época cósmica.

Pero ni su papel de adelantado en la tragedia universal de hoy, ni la jefatura del Ejército, ni la embajada en China, ni la Secretaría de Estado han alterado el ritmo vital de George Marshall. Aun continúa leyendo, como en sus tiempos de cadete, las campañas de su ídolo militar: el generalísimo de los confederados, Lee, y de su ídolo científico, Benjamin Franklin; todavía siente la atracción inextinguible de la vida al aire libre. Y por encima de todo, y más agudizado que nunca, Marshall conserva su espíritu abierto al optimismo y volcado sobre la realidad—se ha hablado del "abrumador" realismo del secretario de Estado—, que le hace erigirse hoy en el campeón de Occidente.

LAS ENTIDADES
ESPAÑOLAS

ARTES GRÁFICAS FAURE

(DE MADRID)

HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L.

(DE VITORIA)

INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A.

(DE SAN SEBASTIAN)

IMPRIMIRAN, RESPECTIVAMENTE,

LAS PAGINAS DE

TIPOGRAFIA

HUECOGRABADO

OFFSET

EN NEGRO Y COLORES,

DE LA GRAN PUBLICACION

PROXIMA A APARECER

MUNDO
HISPANICO

LA REVISTA

DE VEINTITRES PAISES

LA NUEVA LEY AGRICOLA INGLESA

El 26 de junio de 1846 escribía Ricardo Cobden a su mujer: "¡Hurra!, ¡hurra!, la ley de Cereales fué aprobada y mi obra ha concluido." Tres días más tarde, en un discurso histórico, Peel confirmaba en el Parlamento Inglés la exactitud de la carta, atribuyendo a la inteligencia y tenacidad de aquel hombre la aprobación de la norma legal que iba a imprimir nuevo rumbo a la política agrícola inglesa.

A partir del arancel relativamente moderado de 1773, la legislación protectora para la agricultura inglesa fué avanzando hasta culminar en la ley de Cereales de 1828, que estableció una tarifa móvil, elevada, que partiendo de 20 chelines cuando el precio del trigo fuese de 60 chelines por quarter (quarter de 9 bushels, o sea unos 240 kilogramos), disminuía a 16 al subir el precio a 69 chelines y caía a un solo chelin, es decir, a un derecho estadístico, al sobrepasar los precios del trigo los 73 chelines, siempre la misma unidad.

Coincidió esta fuerte medida de protección a la agricultura con otras de sentido contrario en el sector industrial; como es sabido, la famosa Liga de Manchester atacó denodadamente aquella ley durante veinte años con todo género de medios, hasta conseguir su triunfo el día citado al comenzar este artículo; desde esa fecha, suprimidos los derechos aduaneros, el trigo podía importarse libremente en Inglaterra. A partir de entonces, la agricultura inglesa ha aportado valientemente la desigual competencia internacional.

Esta libertad económica, que obligó a una lucha dura a los agricultores ingleses—lucha que apenas tiene paralelo en alguna otra nación europea—, es la que hizo que la localización de las producciones, el tamaño de las empresas y la técnica empleada en las Islas diesen lugar a explotaciones adecuadas a su tamaño, suficientes en su capital y perfectas en la técnica, obteniéndose así rendimientos unitarios y calidades, tanto en la agricultura como en la ganadería sobre todo, no superadas por ningún otro país.

Si éste fué el sazonado fruto que la libertad económica produjo en un sentido, en otro, que afectaba especialmente al sector industrial, que apoyó con toda su fuerza la campaña de derogación, los obreros y, en general, la población británica, dispusieron de los más abundantes, mejores y más baratos alimentos de que haya disfrutado nación alguna, y fueron los grandes mercados ingleses los consumidores de los cereales y carne argentinas, de la naranja española, del vino francés, del jamón danés, etc., etc., quedando para los países exportadores las clases segunda e inferiores de todos estos artículos.

En una economía así orientada tradicionalmente, es importante el cambio que la reciente ley Agrícola supone, ya que aun cuando este giro no se plantea más que de una manera circunstancial, pudiera prolongarse y tener consecuencias estructurales más profundas de las que los propios ingleses desean.

La ley a que hacemos referencia, promulgada el 10 de agosto del corriente año, reúne en su texto disposiciones de sentido análogo a las nuestras sobre regulación de precios, intensificación de cultivos, reforma agraria y colonización de interés local; las normas en ella contenidas sobre fitopatología y estadística agrícola revisten mayor amplitud que las nuestras, y contiene, además, algunas sobre concentración parcelaria, de las que nosotros carecemos.

De los artículos de mayor interés de la disposición que comentamos y del alcance de la misma son un indicio claro las leyes que la actual modifica o deroga; son éstas: varias referentes a reforma agraria (small holdings acts); de manera muy amplia la de arrendamientos, profundamente también la de organización del ministerio de Agricultura, y, en muchos puntos, disposiciones anteriores sobre patología y sobre ayudas del ministerio para la mejora de predios y explotaciones.

La ley tiene lo que podríamos llamar una cara y varias cruces. La cara es la afirmación rotunda de que Inglaterra quiere precios remuneradores y condiciones de vida digna para el campo. Para conseguirlo da amplísimas facultades al ministro a fin de que éste garantice precios mínimos, seguridad de venta para los productos y, si necesario lo estimase, primas por hectárea a los cultivadores. Esta protección no es general, se refiere a unos pocos productos, pero a los más esenciales desde el punto de vista alimenticio; son éstos: el trigo, la cebada, la avena, el centeno, las patatas, la remolacha azucarera, el ganado vacuno, el ganado lanar, el ganado de cerda y la leche; con determinadas reservas, esta lista puede ampliarse.

La fijación de precios se hace, como norma, una vez al año, y previsa una exposición general ante el Gobierno del panorama completo de la situación agrícola inglesa. Cuando las circunstancias lo exijan, puede revisarse durante el año esta impresión general, y dentro de ella la de algún cultivo que así lo aconseje, pero nunca han de fijarse estos precios mínimos aislada y esporádicamente.

Tras esta seguridad, muy favorable a los agricultores, se manifiesta la exigencia del Gobierno de que la agricultura no se duerma en los laureles de la protección y mantenga y supere el alto nivel técnico en el que se ha desenvuelto hasta ahora, ampliando las superficies de aquellos cultivos que interesan para el abastecimiento nacional.

No son vana retórica estas afirmaciones, pues la ley concede al ministro de Agricultura todo género de facultades para conseguir este alto nivel de producción y rendimiento que las circunstancias actuales exigen. Tan pronto como en una finca no se siembra la superficie deseada de cereales o los rendimientos de éstos, de los restantes productos protegidos o de todos en general, no es el deseable, el ministerio, tras las oportunas combinaciones, puede someter la explotación correspondiente a su tutela, y, si pasado el tiempo llega a la conclusión de que esta tutela y las directrices por ella impuestas no son suficientes, tiene facultad para desahuciar al arrendatario y sustituirlo por otro; y si esto no lo estima suficiente o se trata de un propietario cultivador directo, puede llegar, previo descargo de los interesados, a la compra obligatoria de las parcelas de que se trate para su cultivo directo o en arrendamiento por quien el ministerio crea ha de regir la explotación de modo conveniente.

A fin de mantener altas producciones unitarias, el ministerio seguirá contribuyendo a las obras de saneamiento, así como a las de riego que se acometan; prolonga mediante estos auxilios una política iniciada en la época de guerra; así mismo tiene facultad el ministro de Agricultura para obligar a los agricultores a que preserven de enfermedades sus cultivos, imponiendo multas o realizando directamente el tratamiento y pasando después la cuenta de gastos al interesado; estas medidas y las directrices técnicas y económicas que el ministerio puede señalar son previas a las anteriormente reseñadas, y sólo cuando reiteradamente un agricultor no las cumple, o tiene una incapacidad manifiesta para cumplir las, puede llegar al desahucio forzoso o a la expropiación.

Por motivos más bien económicos que sociales desean los ingleses que a cualquier agricultor capacitado para ello, y más si tiene la condición de ex combatiente de alguna de las últimas guerras, se le proporcione una cantidad de tierra suficiente y las facilidades necesarias para convertirle en empresario; por ello continúa la política de parcelación ya mantenida en varias leyes anteriores.

Define la pequeña explotación como el área que, excediendo de un acre, no llega a cincuenta, o que, al exceder de cincuenta, no llega a setenta y cinco, y su renta anual normal no pasa de 150 libras esterlinas (como se sabe, un

acre = 0,4046 Has.), e impone la obligación a los ayuntamientos de proporcionar las pequeñas parcelas que les sean solicitadas.

El mecanismo es, por consiguiente, inverso al generalmente seguido, ya que el ayuntamiento ha de actuar a solicitud de los interesados, y ordenadas las peticiones existentes, debe presentar un proyecto de parcelación al ministerio, en el que se concreten las fincas que van a adquirirse, la parcelación que va a llevarse a cabo y todos los detalles técnicos y financieros de la ejecución del proyecto. Una vez aprobado éste por el ministerio, es el propio ayuntamiento quien lleva a cabo la parcelación siguiendo las normas estrictas aprobadas, y levantando los empréstitos que estime oportunos. El ministerio, sin embargo, está capacitado para subvencionar a los ayuntamientos en las cantidades necesarias para compensar el déficit que la realización de estos proyectos puede llevar consigo.

El procedimiento anteriormente descrito es el normal; pero tanto en el caso citado como en el de la concentración parcelaria, el ministerio puede actuar por su cuenta cuando lo estime oportuno.

Para la concentración parcelaria, cuya finalidad es conseguir explotaciones de tamaño adecuado y económicamente recomendables, se requieren más precauciones; la redacción de un anteproyecto, el anuncio y oposición a éste de las personas interesadas, la aprobación o no de tal anteproyecto en el ministerio, la redacción del proyecto definitivo, la aprobación del mismo y, finalmente, su ejecución.

Cuando para estos proyectos haya de recurrirse a la expropiación forzosa, la aprobación de aquéllos lleva consigo la facultad para realizarla; las valoraciones en este caso en los casos corrientes de realización de trabajos por el ministerio, que han de sufragar los particulares, etc., se garantizan mediante peritos designados por el presidente del Colegio de Peritos Jurados de Inglaterra.

Desde el punto de vista presupuestario, la disposición se mueve dentro de la mejor ortodoxia. No se establecen, como es corriente, impuestos especiales sobre los artículos importados competidores de los protegidos; para favorecer a éstos, los fondos precisos se extraen del erario público y han de ser consignados entre los gastos normales de la nación.

Completan la ley unas disposiciones sobre estadística agrícola, en las que se obliga a los interesados a dar las informaciones que el ministerio de Agricultura requiera, bajo la pena de sanciones que pueden llegar a la prisión; de tales informaciones no se exceptúan más que las que pudieran afectar a la inviolabilidad de los libros de cuenta o apuntes reservados del empresario.

La medida es amplísima, de un intervencionismo detallista y minucioso, que puede ser muy molesto y caro; las dos clases de tribunales que se forman contienen excesivo número de personas nombradas directamente por el ministro, y por todo ello la agricultura inglesa sufriría un cambio muy extraño para los británicos si no tuvieran éstos el precedente en las disposiciones dadas durante la guerra.

No sólo son los precios y la garantía de remuneración lo que dulcifica y puede hacer atractiva la ley para los agricultores; hay también en ella una metódica regulación de los modos de aplicación que garantiza que siempre el interesado será oído, que no será sometido al arbitrario apasionamiento local, tan corriente en estos casos.

"El régimen comunista vive en la espera y la preparación de una guerra. Si se esfuerza en mantener la paz es para tener tiempo de aumentar su potencia militar y para desarrollar las fuerzas revolucionarias en los otros países." (Jean Herbertte, embajador francés en Moscú en 1929.)

Los Estados Unidos, país racista

Páginas atrás habrá visto el lector, bajo el título de "La viga en el ojo propio", lo esencial del problema que aquí pretendemos exponer. La Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, en nombre de los negros norteamericanos, ha denunciado a la O. N. U. la situación de su raza en la gran nación, solicitando una investigación internacional sobre el particular. Sin esperar a ella, el Comité de Derechos Civiles, que el Presidente Truman creó hace ocho meses a consecuencia de una ola de violencias (principalmente linchamientos) contra grupos minoritarios, ha redactado un informe en el cual recomienda al Gobierno federal la adopción de determinadas medidas que pongan fin a las diferencias existentes en la Unión en perjuicio de negros, judíos y otros grupos minoritarios. Claramente, el problema es grave, y sólo puede reprocharse a quienes ahora se acercan decididamente a él que hayan esperado, para hacerlo, a que la queja de los negros ante la O. N. U. les haya puesto en la alternativa de o resolver por sí mismos la cuestión, o sufrir que otros la resuelvan.

El prejuicio racial

"Semejantes a los gabaonitas de las Escrituras, los negros han sido creados para cortar leña y sacar agua para los hombres blancos." Estas palabras—más de una vez citadas—de Carlos Carroll, responden a la realidad en Norteamérica? Desde luego, no; pero tampoco es tan halagüeña la situación como para que no pueda permitírseles la duda ante afirmaciones como ésta: "El derecho de los ciudadanos de los Estados Unidos a votar no será negado por los Estados Unidos o por ningún Estado por razones de raza, color o condición anterior de esclavitud", que constituyó la enmienda número 15 a la Constitución de la Unión, cuando, en la realidad, el derecho a votar de los negros ha sido suprimido en los Estados del Sur mediante el llamado impuesto electoral. Pero es que ahí no termina la discriminación racial. No sólo el sistema electoral, sino "nuestro entero sistema legal—proclamaba el presidente del Tribunal Supremo norteamericano, Taft, en 1919—, está fundado en el principio general y fundamental de igualdad". Más exacto sería decir que no sólo el mecanismo electoral, sino todo el régimen de vida en los Estados Unidos, está fundado sobre el principio general y fundamental de la discriminación racial, sobre la base de la supremacía de la raza blanca.

Claro que la expresión "blanco" hay que entenderla como sinónima de americano y opuesta a cuantos se muestran como no asimilables, en virtud de concurrir en ellos alguna de estas tres circunstancias, que alguien señaló ingeniosamente: no hablar correctamente el inglés, vivir estrechamente unidos entre sí y mantener un modo de alimentación no americano. Existe en la gran democracia un mundo de "extranjeros", al cual pertenecen el limpiabotas italiano, el sastre judío, el lavandero chino y el tendero alemán, con no menor derecho que el criado o el camarero negro del coche cama, y es ese un mundo legalmente equiparado al de los blancos, pero socialmente separado de él por un abismo, que hasta ahora nadie se ha cuidado de franquear. En diecisiete Estados del Sur—declara el informe del Comité de Derechos Civiles—, no solamente el negro, sino también los indios, los amarillos, los judíos y los mejicanos son víctimas del prejuicio racial. Con todo, el gran problema es el de los negros, debido principalmente a su número.

La "línea de color"

En 1880 existían en la Unión unos seis millones y medio de negros; a principios del siglo XX se habían convertido en nueve millones; hoy llegan a los catorce millones; representan una décima parte de la población de los Estados Unidos, y en nueve Estados del Sur casi superan a los blancos. ¿Puede decirse que junto a ese cre-

cimiento material hayan avanzado proporcionalmente en su posición social? Valga por una respuesta recordar que fue el 22 de diciembre de 1862 cuando Abraham Lincoln proclamaba la libertad de los negros y que ha sido en nuestros días, durante la guerra pasada, ochenta años más tarde, cuando el presidente Roosevelt tuvo que confesar que "los conflictos de raza nos hacen sospechosos en el extranjero. La integridad de la nación y nuestros fines de guerra están en juego por nuestra actitud hacia los grupos minoritarios de nuestro país. Hombres de todas las razas (negra, cobrita, blanca, amarilla) luchan a nuestro lado por la libertad. No podemos presentarnos ante el mundo como campeones de los pueblos oprimidos, a menos de que nosotros mismos pongamos en práctica, de la misma manera que los predicamos, los principios democráticos aplicados a todos los hombres".

A confesión de parte... No hablaremos de los linchamientos (en los últimos veintiséis años han muerto linchados dos mil quinientos veintidós negros) ni de cuanto pueda suceder en la administración de justicia, con jurados singularmente dispuestos a admitir por principio la culpabilidad del negro y la inocencia del blanco; es, sobre todo, en la vida normal donde más claramente se advierte la "línea de color" que separa las dos razas. Hay, es verdad, negros que han alcanzado puestos de categoría. Puede asegurarse que se trata de excepciones; y de excepciones a las que aun llega ese confinamiento social a que aludo. Hay Estados, como el de Virginia, cuyas leyes dividen las ciudades en dos y prohíben a los negros morar en la parte reservada a los blancos; es habitual que los negros paguen más por el alquiler de sus viviendas, para estar, en cambio, peor atendidos, incluso en los más elementales servicios sanitarios, como lo prueban las estadísticas de esa clase y lo ha reconocido el Comité de Derechos Civiles; los matrimonios mixtos, si no prohibidos por las leyes, lo están prácticamente por la costumbre, sobre todo en el Sur, y, en fin, leyes como las que impiden a las personas de ascendencia africana ocupar asientos, compartimentos o carruajes juntamente con los blancos en los ferrocarriles, tranvías y vehículos de transporte público no han sido letra muerta en el Sur desde que, en 1881, fueron puestas en vigor.

El informe del Comité de Derechos Civiles

La línea de color corre a través de la Unión y se guarda rigurosamente. Como en la definición de negro se incluye también a los mulatos (en Florida, Georgia, Indiana, Misouri y Carolina del Sur hasta un octavo de sangre negra para estar incluido en la definición legal), son muchos los que, debido a su aspecto externo (los negros de cabello rubio y tez sonrosada) pretenden "pasar la línea"; pero con frecuencia se descubre su ascendencia y son relegados al puesto del que quisieron evadirse. Y es que no hay que olvidar hasta qué punto el racismo está en su casa entre los anglosajones, harto dados a ensobrecerse con la idea de ser "el pueblo elegido". De ahí que hasta aquí, y pese a todas las declaraciones teóricas de igualdad, hayan sido raras las ocasiones en que los blancos han encarado el problema; aun ahora difícilmente podría encontrarse en la prensa norteamericana algún comentario

"Al dejarnos, el camarada Lenin nos ha ordenado la fidelidad a los principios de la Internacional Comunista. Nosotros te juramos, camarada Lenin, dar incluso nuestra vida para extender y reforzar la unión de los trabajadores del mundo entero, la Internacional Comunista." (Stalin en los funerales de Lenin.)

ante la petición negra a la O. N. U., con la excepción del comunista "Daily Worker". Mas por eso mismo es más digna de alabanza la postura del Comité de Derechos Civiles, al proponer más de veinte leyes para garantizar la seguridad de las personas, el derecho de ciudadanía y privilegios de la misma, la libertad de conciencia y expresión y la igualdad de oportunidades. Se trata—dice el informe del Comité—de que los Estados Unidos se acerquen más "a su histórica meta de la igualdad y la fraternidad entre todos los hombres". Claro que en un país donde en nuestros días es aún posible que un empleado cualquiera se dirija a un negro para preguntarle por el "perro" de su hijo y donde, incluso en medios católicos, los padres blancos han protestado, como en San Luis, de que sus hijos se mezclen en la escuela parroquial con negros (lo que motivó, naturalmente, su excomunión por el arzobispo de la ciudad) es muy largo el camino por recorrer hasta llegar a esa meta que pueblos tachados de antidemócratas hemos alcanzado hace siglos; pero esperemos y deseemos que los norteamericanos la alcancen. El racismo, entonces, habrá desaparecido de la primera democracia de la tierra.

Pulso de la América española

El Presidente chileno González Videla ha hecho un llamamiento a los países americanos para que corten sus relaciones con la U. R. S. S. a través de una entrevista que publica el diario brasileño «O Globo». En las mismas declaraciones dijo que la conferencia de Bogotá coordinará la acción anticomunista de los gobiernos americanos.

* «Lucha contra la miseria, lucha contra el terror.» Este es el lema de la Confederación de Sindicatos Rerum Novarum, que ha convocado a una manifestación celebrada en San José de Costa Rica, con asistencia de 30.000 personas.

* F. J. Powell, del Banco de Inglaterra, preside la delegación británica en el Uruguay para la venta a este país de los ferrocarriles ingleses existentes en el mismo.

* Los Estados Unidos han creado el mando unificado del Caribe. El teniente general Willis D. Crittberger ha sido nombrado jefe de las fuerzas armadas de este sector.

* Argentina ha logrado imponer su opinión, contraria a la eliminación del castellano y algunos otros idiomas de la lista de lenguas en que se deberán publicar los documentos de las Naciones Unidas.

* El control sobre las importaciones y exportaciones del país establece un decreto publicado por el Gobierno mejicano.

* El Instituto de Estadística de Italia anuncia que 110.541 italianos han emigrado en los primeros ocho meses del año en curso, la mayor parte hacia Hispanoamérica.

* La delegación filipina en la O. N. U. ha presentado una propuesta para que se declare el idioma español oficial, en la misma forma que el inglés y el francés, para todas las actuaciones de la Organización. Ha sido remitida para su estudio al secretario general, quien presentará su informe a la Asamblea General el próximo año.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

La depuración en el departamento de Estado de EE. UU.

He aquí las normas para la depuración de personal en el departamento de Estado de Norteamérica, promulgadas para prevenir el espionaje y la subversión:

I. PRINCIPIOS DE SEGURIDAD

A) El departamento de Estado, por razón de su responsabilidad en la conducción de los asuntos exteriores, es un blanco vital para las personas dedicadas al espionaje o a la subversión del gobierno de los Estados Unidos. Debido a este hecho, y por causa del gran número de comunicaciones de alta categoría que pasan por el departamento, la seguridad de las cuales es esencial para el mantenimiento de pacíficas y amistosas relaciones internacionales, es de gran importancia para los intereses de los Estados Unidos que ninguna persona que constituya un peligro para la seguridad esté empleada en el departamento.

B) El secretario de Estado tiene, concedido por el Congreso, el derecho de dar por terminado, a su absoluta discreción, el empleo de cualquier funcionario o empleado del departamento de Estado o del servicio diplomático (o extranjero) de los Estados Unidos, siempre que considere semejante terminación necesaria o conveniente en interés de los Estados Unidos. En vista de ello, en interés de los Estados Unidos, el departamento de Estado inmediatamente dará por terminado el empleo de cualquier funcionario o empleado del departamento de Estado o del servicio diplomático que se considere constituye un riesgo de seguridad.

DEFINICIÓN DEL RIESGO DE SEGURIDAD

C) En este documento se entiende que un funcionario o empleado constituye un riesgo de seguridad cuando entra en una o más de las siguientes categorías: cuando es

1. Una persona que se dedica a, apoya o aconseja la traición, la subversión o la sedición, o que es miembro, o está afiliada, o tiene asociación de simpatía con los partidos comunista, nazi o fascista o con cualquier partido, organización, movimiento, grupo o combinación de personas, extranjero o nacional, que trate de cambiar la forma de gobierno de los Estados Unidos por medios no constitucionales o cuya norma política sea recomendar o aprobar la comisión de actos de fuerza o violencia para denegar a otras personas sus derechos bajo la Constitución de los Estados Unidos, o una persona que consecuentemente crea en o apoya las ideologías y normas políticas de semejante partido, organización, movimiento, grupo o combinación de personas.

2. Una persona que se dedique al espionaje o que actúe directa o indirectamente bajo las instrucciones de cualquier Gobierno extranjero, o que deliberadamente cumpla sus deberes o actúe en otras formas al servicio de los intereses de otro Gobierno con preferencia a los intereses de los Estados Unidos.

3. Una persona que a sabiendas haya divulgado información de alta categoría sin autorización y con el conocimiento o la creencia de que será transmitida a organismos o agencias de un Gobierno extranjero, o que se muestre

tau consecuentemente irresponsable en el manejo de información de categoría que obligue a inferir una suma falta de cuidado o de juicio.

4. Una persona que tenga asociación habitual o íntima con personas que se crea están incluídas en las categorías 1 ó 2 antes citadas, hasta tal punto que se justifique la conclusión de que (dicha persona) podría, mediante tal asociación, voluntaria o involuntariamente, divulgar información de categoría sin autorización.

5. Una persona que tenga una debilidad básica de carácter tal o una tal falta de juicio como para que se justifique razonablemente el temor de que podría ser inducida a cualquier línea de conducta de las antes especificadas.

LA RELACIÓN CON LOS AFRENTES ES UN RIESGO

D) En la determinación sobre si una persona es un riesgo de seguridad, serán tenidos en cuenta los siguientes factores, entre otros, juntamente con las circunstancias atenuantes que puedan existir:

1. Participación en uno o más de los partidos (o grupos) u organizaciones antes mentados o en las organizaciones que son «frentes» de o están controlados por tal partido u organización, bien por formar parte de ellos como miembros, por participar en su dirección ejecutiva o control, contribución de fondos para los mismos, asistencia a reuniones, empleo por ellos, inscripción para votar como miembro de tal partido o firma de petición para elegir a un miembro de tal grupo para un cargo público o para realizar cualquier otro fin, apoyado por tal grupo o partido, o pruebas escritas o expresiones orales, en discursos o en otra forma, de puntos de vista políticos, económicos o sociales.

2. Servicio en el Gobierno o en las fuerzas armadas de países enemigos u otras actividades voluntarias en apoyo de Gobiernos extranjeros.

3. Violaciones de los reglamentos de seguridad.

4. Asociación voluntaria con personas de las categorías C) 1 ó C) 2.

5. Embriaguez habitual, perversión sexual, torpeza moral, responsabilidad financiera o historial criminal.

Al considerar o sopesar las pruebas sobre cualesquiera cargos que aleguen que una persona constituye un riesgo, prevalecerán las siguientes consideraciones:

1. Una anterior línea de conducta o mantenimiento de creencias se supondrá que continuarán, a falta de pruebas positivas que indiquen un cambio, tanto en la conducta como en las convicciones, por medio de actos claros, evidentes e inequívocos.

2. No se presumirá que hay verdad en las declaraciones de los testigos en ninguna sesión sobre el riesgo de seguridad, sino que sus declaraciones se cotejarán con todas las demás pruebas ante la junta investigadora, y la junta sacará la conclusión.

3. Si cupiera una razonable duda sobre si la persona cae dentro de una de las categorías enumeradas en el párrafo I C), se dará al departamento el beneficio de la duda, y se considerará a la persona en cuestión como un riesgo de seguridad.

II. PROCEDIMIENTO DE SESIONES DE LA JUNTA DE SEGURIDAD DE PERSONAL

A) Antes de que cualquier oficial o empleado del departamento de Estado o del servicio diplomático de los Estados Unidos sea sumariamente destituido, con arreglo a las disposiciones de la ley de Créditos del departamento de Estado (1948), como riesgo de seguridad, se le concederá servido en sesión ante la Junta de Seguridad de Personal.

B) El funcionario o empleado recibirá un aviso por escrito sobre tal sesión por lo menos quince días antes de celebrarse la misma, y de todos modos con tiempo suficiente para permitirle prepararse para tal sesión y asistir a ella.

C) En lo que sea posible, sin poner en peligro la seguridad nacional, semejante notificación deberá especificar los cargos formulados contra él lo más plena y completamente que lo permitan las consideraciones de seguridad, a juicio de la oficina de controles (C. O. N.). Se informará en el aviso al funcionario o empleado de su privilegio de responder a tales cargos por escrito antes de la fecha fijada para dicha sesión, de comparecer en persona ante dicha Junta en dicha sesión, de ir acompañado si así lo desea por un defensor o representante de su propia elección y de presentar pruebas a su propio favor por medio de testigo o por declaración escrita (o jurada).

LAS PRUEBAS SERÁN CONFIDENCIALES

D) Las pruebas en nombre o a favor del departamento de Estado serán presentadas a dicha Junta por la C. O. N. antes de dicha sesión, y no serán presentadas durante la misma. Por motivos de seguridad, el funcionario o empleado, su representante o defensor, no podrán ser autorizados para escuchar o examinar tales pruebas, que se clasificarán como confidenciales o reservadas, según sea el caso.

E) En dicha sesión, el presidente de

la Junta ocupará la presidencia; se autorizará al funcionario o empleado para comparecer personalmente y presentar por sí mismo, por su representante o defensor de su propia elección las pruebas a su propio favor, por mediación de testigos o por declaración escrita. El funcionario o empleado y su testigo no tendrán que jurar, a no ser que ellos expresamente lo pidan. Los miembros de la Junta pueden hacerle a él y a su testigo las preguntas que deseen, pero él y su testigo no serán obligados a responder. Se tomará un registro taquígráfico del testimonio.

F) Después de haberse puesto por escrito lo tratado en la sesión, la Junta se reunirá en sesión ejecutiva para adoptar una decisión. En su consideración, la Junta estará regida por los principios de seguridad del departamento de Estado. Después de examinar las pruebas y de seguir cualquier discusión deseada, la votación se hará por papeletas y la decisión se adoptará por mayoría de votos. Se registrará el voto de cada miembro, con cualquier declaración que desee hacer sobre sus razones para ello (para el voto).

G) El dictamen de la Junta será, o bien que 1) la Junta halla insuficientes las pruebas para clasificar al funcionario o empleado como riesgo de seguridad, o que 2) la Junta halla que el funcionario o empleado constituyen riesgo de seguridad. En el caso de hallar insuficientes las pruebas, la Junta puede, a su albedrío, recomendar una ulterior o continuada investigación de puntos concretos sobre los cuales consideren la información inadecuada, o puede recomendar que el caso se liquite. El dictamen de la Junta irá acompañado por un breve análisis de las pruebas y por una indicación de las razones de la Junta para su decisión. La investigación escrita se clasificará como secreta y se transmitirá al secretario de Estado, con una copia para la oficina de controles.

DERECHOS POLITICOS A LA MUJER ARGENTINA

El texto de la ley concediendo derechos políticos a la mujer argentina, que fué promulgada ante una concentración popular en la plaza de Mayo, de Buenos Aires, el día 23 de septiembre de 1947, es el siguiente:

«Artículo 1.º Las mujeres argentinas tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones argentinos.

Art. 2.º Las mujeres extranjeras residentes en el país tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o les imponen las leyes a los varones extranjeros, en caso que éstos tuvieren tales derechos políticos.

Art. 3.º Para la mujer regirá la misma ley electoral que para el hombre, debiéndosele dar su libreta cívica correspondiente como un documento de identidad indispensable para todos los actos cíviles y electorales.

Art. 4.º El Poder ejecutivo, dentro de los dieciocho meses de la promulgación de la presente ley, procederá a empadronar, confeccionar e imprimir el padrón electoral femenino de la nación, en la misma forma en que se ha hecho el padrón de varones. El Poder ejecutivo podrá ampliar este plazo en seis meses más.

Art. 5.º No se aplicarán a las mujeres las disposiciones ni las sanciones de carácter militar contenidas en la ley 11.386. La mujer que no cumpla con la obligación de enrolarse en los plazos establecidos, estará sujeta a una multa de cincuenta pesos moneda nacional o a la pena de quince días de arresto en su domicilio, sin perjuicio de su inscripción en el respectivo registro.

Art. 6.º El gasto que ocasione el cumplimiento de la presente ley se hará de rentas generales, con imputación a la misma.»

CARTAS AL DIRECTOR

Recatado y prudente

Señor Director de CRITERIO.

Mi distinguido amigo: Permítame que le dé ya este nombre, pues me parece sentirme autorizado para ello por la amable acogida que dió a mi carta anterior y la cordialidad con que se apresuró a des-
pejar mis temores.

Va está CRITERIO en la calle, y, por cierto, no sin despertar polémicas. De ello me alegro, pues lo que tenía cabalmente es que pasara inadvertido, tíbamente, que es la cosa menos cristiana del mundo.

Desde luego, tenga la certeza, señor Director, de que somos muchos los jóvenes de veinte años que no renunciamos ni a una coma de los postulados del 18 de julio y a los que el diálogo no nos asusta.

Lo que sí queremos y, si preciso fuera, exigiríamos los jóvenes españoles es que los *dialogantes* sean honestos, jueguen limpio y sirvan de verdad a los valores esenciales que inspiraron nuestro Alzamiento nacional y que han de seguir inspirando nuestra vida política futura. Y eso sabemos que ha de hacerlo CRITERIO.

En cambio, señor Director, ya no podemos alabarles el bino excesivamente recatado y prudente, transaccional, de sus juicios sobre algunos temas candentes y fundamentales, como el de la reforma de la empresa que apuntan en su primer número. No estamos en horas de ir poniendo remiendos de tela nueva sobre un vestido roto y viejo, porque todo concluiría en lamentables harapos. De lo que se trata es de afrontar decididamente el reajuste de todo el orden económico y social con soluciones recias, duras, que duelan si es preciso, porque sólo con dolor se empezará a redimir esta sociedad entumecida. Esgriman, si quieren—nos parece excelente como punto de arranque—, textos de encíclicas y sendos argumentos científicos; pero aprieten los tornillos, urjan a realizaciones concretas, griten a los sordos, pongan alma y vigor en sus consignas. ¿Es que al comunismo, con su empuje mítico, se le va a vencer con un reloj más o menos profundo de la empresa, del sindicato o de la previsión social? Los jóvenes lo dudamos y estamos prestos a lanzarnos a una cruzada de transformación social—(ésta sí que la ha pedido el Papa!—, en la cual lo de menos sean los razonamientos y lo más las ilusiones, el fervor, la abnegación hasta el heroísmo, la justicia hasta la hermandad...

Insista por ahí, señor Director, y tenga la seguridad de que la juventud española empezará a comprender entonces a CRITERIO de verdad.

Suyo sincero amigo,

J. AGUILAR RUIZ.

Exceso de ingenuidad

Señor Director de CRITERIO, Madrid.

Muy señor mío: He leído con todo interés el primer número de su revista. Hay en ella abundancia de cosas interesantes, otras que no lo son tanto y una, sobre todo, que a mí personalmente me preocupa muy de veras.

Va desde su aparición atacan ustedes el problema de la sociedad mercantil. Les urge, por lo visto, que ésta sea modificada, y citan en su apoyo los recientemente creados jurados de empresa y la tesis

de los que creen que la propiedad de las sociedades ha de desligarse de la propiedad de los medios de producción.

Señor director, ¿me permite usted que le refiera «mi caso»? Soy propietario en Barcelona de unos almacenes de cierta importancia; en mi nómina figuran casi trescientos empleados, y de mi habilidad en la conducción del negocio depende, en cierto modo, la vida de esas personas. Yo he empezado casi de la nada, y sé, porque me ha sucedido dos veces, lo que es equivocarse, perder el capital y tener que empezar de nuevo. Hoy podría volverme a ocurrir, casi cumplidos los sesenta y ocho y cansado de la brega de cuarenta y cinco años de comerciante. Y con la tesis que ustedes parecen patrocinan, yo voy a tener bien pronto junto a mí, dirigiendo, mandando, en nombre de no sé qué justicia social, a unos empleados míos, que, si se equivocan o me obligan a una compra desafortunada, pondrán en peligro mi fortuna, y las letras vencen y los Bancos no esperan.

Ustedes defienden la participación en los beneficios, y de esto, ¿qué de cosas podría decirle!; pero, además, destruyen la autoridad al repartirla entre todos los que de la empresa viven. Y eso no puede ni debe ser. Yo, si me equivoco, pierdo lo mío; pero los del jurado, ¿qué van a perder cuando sean ellos los torpes? No me podrá usted convencer de que eso sea justo.

A lo mejor, esto le parecen a usted reflexiones vulgares de un señor Esteve cualquiera, pero crea que al tocar a la autoridad y el mando en los negocios no puede crear más que disgustos. ¿Por qué esos jurados de empresa no intervienen en el manejo, dentro de las compañías, de tantos y tantos miles de duros como los patronos hemos de pagar por cargas sociales? Lo otro es tanto como crear una nueva clase social, unos rentistas del Estado que cobran su jornal pase lo que pase y deciden del mío y del porvenir de mi familia, seguros de que ellos tendrán siempre un sueldo, participarán además en los beneficios; y en las pérdidas, ¿quién?... Yo sólo.

Perdone, señor director, a quien no tengo el gusto de conocer personalmente, que le manifieste mi convicción de que en los sociólogos católicos hay un exceso de ingenuidad, y que por desplazar al comunismo como sea, se niegan a ver ustedes las consecuencias de lo que predicán.

Atentamente le saluda su afectísimo s. s., José ROSILL JORBA.

La fiesta italoamericana

Señor Director de CRITERIO:

Muy señor mío: Con relación al suelto relativo a la conmemoración del 12 de octubre publicado en el número 1 de su revista, me permito recordar que en los Estados Unidos dicha conmemoración fué organizada por los americanos de origen italiano desde antes de que el Presidente argentino estableciera en tal día la celebración del Día de la Raza, que fué sucesivamente adoptada por las demás naciones hispanoamericanas, y que en sus orígenes llevaba un marcado sello antianqui.

Hace solamente dos años que a dicha celebración fué asociado oficialmente el embajador de los Estados Unidos en Madrid, sin, desde luego, extender la invitación a la representación italiana.

No puede, por lo tanto, extrañar que en los Estados Unidos la fecha haya sido celebrada, conforme a una añeja tradición, como una fiesta italoamericana distinta a la Fiesta de la Raza, instituida más recientemente por los hispanoamericanos, tanto más que de ella fué excluida Italia, cuya aportación al descubrimiento y al desarrollo de América, independientemente de las discusiones bizantinas acerca de la nacionalidad de Colón, es innegable.

Toda rivalidad entre España e Italia se resuelve siempre en perjuicio común, y precisamente en esta hora grave del mundo convendría evitarla.

Dispense la libertad que me he tomado y créame de usted affmo. s. s.,

CÉSAR A. GULLINO.

MUCHO EN POCO

El Comité de Acción Eslovaca, que preside el profesor doctor Ferdinand Durcansky, y del que es secretario general el doctor Stefan Polavic, con sede en 2284 Walton Ave., Nueva York, ha dirigido un manifiesto a los representantes de todos los países europeos oprimidos por Rusia invitándoles a un congreso que demuestre la inquebrantable decisión de liberar a sus pueblos de la tiranía soviética y que coordine los esfuerzos para conseguir este propósito, y que, además, despierte a las naciones independientes ante el peligro comunista.

● Se calcula que la próxima cosecha de azúcar en Cuba dejará un beneficio de mil millones de dólares. Recordemos que Cuba tiene cinco millones de habitantes. Y que en los bancos cubanos hay un remanente de seiscientos millones de pesos (el dólar y el peso están a la par) que no tienen en qué emplearse. La Banca cubana acordó no admitir más dinero, y el que quiere depositar fondos en un banco, en vez de percibir intereses, tiene que pagar por que le admitan el dinero. Ahora, mil millones de dólares más. Pero la prosperidad material no tiene nada que ver con el anticomunismo; ya vemos que Cuba es uno de los tres países americanos más inficionados de tan perversa doctrina.

● Suiza es contraria a la unión aduanera europea. M. Petitpierre, titular de Negocios Extranjeros del Gobierno suizo, se ha pronunciado contra este proyecto de la Conferencia "de los 16", porque eso sería "una especie de nivelación por lo bajo". Y a Europa, ha dicho M. Petitpierre, lo que le hace falta no es una unión aduanera, sino aumentar la producción.

Suiza no está, pues, dispuesta ni a rebajar su nivel de vida para pagar los vidrios rotos de las experiencias socialistas de otros ni a comprometer su neutralidad con un pacto que, aunque sólo sea aduanero, la enfrentaría automáticamente con el este europeo; antieuropeo, más exactamente.

● Brindamos los siguientes datos a esos señores tan preocupados por el sistema penal español:

Hay un sistema penal en Europa por el que los presos son trasladados a su destino encadenados de dos en dos y arrojando cada uno un peso de sesenta libras. Previamente, con objeto de no sobrecargarles demasiado sin duda, el director y el subdirector de la cárcel aligeran a los detenidos de todos sus efectos personales, que tan dignos funcionarios guardan para ellos como recuerdo sentimental. El alimento es de 200 gramos de harina de maíz por día. Los prisioneros se olvidan de lo que sea el azúcar, la carne y otros productos. No les es permitido, por otra parte, adquirir nada en la cantina, reservada únicamente para los presos comunes. Ni médicos ni medicinas. Se deja morir a los enfermos que podían ser salvados mediante la adecuada intervención clínica. Prohibido no sólo el baño, sino hasta el lavarse la cara. Porque a cada preso se le da para todo un litro de agua por jornada. Prohibido también el uso de los evacuatorios.

Por extenso puede leerse la descripción de este sistema penal en el "Baltimore Sun". La ha hecho el doctor R. T. Shackelford, médico de las comisiones aliadas de control en Budapest y Bucarest. La descripción corresponde a la situación de un centenar de miembros del partido de Maniu detenidos en Rumanía, lo mismo que su jefe, al que en estos días se le ha condenado.

"En el mundo ruso, ignorante y bárbaro, vacío de saber y de tradición, si el hombre bajase la pendiente de la duda, nada le detendría, nada serviría de contrapeso; presenciáramos el espectáculo horrible de una demagogia sin ideas, sin principios ni sentimientos; un pueblo que marcharía hacia Occidente en un movimiento ciego, perdida el alma y la voluntad, autónoma terrible, cuerpo galvanizado que golpea y mata." (Michelet en 1863.)

DE LA ANECDOTA A LA HISTORIA

Azerbaiyán

Otra vez la atención política de rusos y anglosajones se traslada a Azerbaiyán. Para muchos observadores, la disputada provincia persa podría ser una de las chispas que haría saltar la dinamita de la tercera guerra mundial. Siempre el Azerbaiyán ha tenido la virtud de levantar dolores de cabeza internacionales. Uno de los más intensos fué el que produjo a lord Binkenhed a raíz de la guerra de 1914. El secretario del Exterior, lord Curzon, para defender en el seno del Gabinete británico la necesidad de ahogar la demanda de independencia del Azerbaiyán—país del que, por otro lado, sólo sabía que existía—, basó su demanda en las «ardientes cualidades militares» de los azerbaiyaneses. Lord Binkenhed, que defendía la tesis opuesta y conocía la enciclopédica ignorancia de Curzon sobre el país en cuestión, que igualaba a la saya, le interrumpió de pronto bruscamente:

—¿Podría indicar al Gabinete el nombre de una sola batalla que haya sido ganada por ellos?

Lord Curzon no se arredró ante las risas de sus compañeros. Con su más meliflua voz respondió:

—Y podría lord Binkenhed decir el nombre de una sola batalla que hayan perdido?

El reloj de Stalin

Esta es la última anécdota que circula entre el Cuerpo diplomático acreditado en Moscú. Una mañana se levanta Stalin y no encuentra su reloj. Inmediatamente denuncia el hecho a la N. K. D. W. (antigua G. P. U.). Por la tarde, al cambiarse de traje, halla su reloj en un uniforme de mariscal. Otra vez vuelve a llamar al jefe de Policía y le ordena que cese sus investigaciones. El funcionario parece que se opone a los deseos del zar rojo, que al fin le grita indignado:

—Yo, Stalin, le ordeno a usted que suspenda su tarea.

El jefe de la Policía le contesta tristemente:

—Es que hablamos detenidamente a veintiana personas, y esta tarde diecinueve se habían declarado ya culpables del robo.

Los nuevos aviones

Las grandes velocidades alcanzadas por los aviones de retropropulsión y supersónicos han producido importantes efectos en la medicina moderna. Dejando a un lado las revolucionarias declaraciones de un piloto supersónico, que asegura que a una velocidad de 1.400 kilómetros por hora el cuerpo se rejuvenece en varios años, el hecho cierto es que los médicos de los servicios de aviación han empezado a tomar medidas encaminadas a contrarrestar los efectos nocivos que las grandes velocidades producen en el cuerpo humano. Según la investigación practicada por el servicio médico de las escuadrillas suecas, el fuerte ruido que hacen los aviones de retropropulsión al ponerse en marcha produce una gran irritabilidad nerviosa y ciertos daños auditivos en las tripulaciones. Los síntomas nerviosos se han manifestado en

desarreglos cardíacos, intestinales, etc. Los mecánicos se quejan de que el ruido estropea gradualmente sus tímpanos.

Medida de prevención

El comandante jefe de la Marina soviética fué condenado a muerte por alta traición. Kribenko, fiscal general del Estado, explicó así la sentencia ante los miembros del Tribunal: «El Supremo Tribunal Revolucionario no le ha sentenciado, en verdad, a la pena de muerte. Le declara culpable y le condena a ser fusilado. Pero no se trata de una condena, sino sólo de una medida de prevención.»

La gloria política

En una escuela de Southampton se celebró recientemente una encuesta, para la que se pidió a los niños que escribieran cinco nombres de presidentes del Consejo de Inglaterra en los últimos veinte años. La respuesta premiada sólo dió cuatro nombres: Churchill, Attlee, ¡Montgomery! y ¡¡laborismo!!

Esta Inglaterra

Bajo el título «Esta Inglaterra», el semanario laborista londinense «The New Statesman» acostumbra a recoger las erratas, equivocaciones e informaciones ridículas de los periódicos británicos. Pero algunas veces el severo juez pasa al banguillo de los acusados y soporta la rechufa de los diarios beridos por su agresiva pluma. Recientemente, y con destacada tipografía, «The New Statesman» publicaba: «Con su formidable colección de datos y hechos, Mr. Schein-fel fundamentó, real y verdaderamente, que existe una auténtica diferencia biológica entre los hombres y las mujeres.»

Elecciones húngaras

En las últimas elecciones húngaras fueron privados de sus derechos electorales más de un millón de personas. Las razones que dió el Gobierno comunista para adoptar esta medida abarcaron todas las escalas de las posibilidades: unos electores perdieron sus derechos acusados de «nazifascistas»; otros, por «traidores»; algunos, por «conspiradores»; muchos hombres maduros, por no haber cumplido la mayoría de edad... Desesperados los agentes comunistas por no haber encontrado el procedimiento para eliminar de la votación a un grupo de ancianas de setenta y cinco a noventa años que vivían en comunidad y que eran católicas, hallaron, al fin, la llave de oro para privarles de sus derechos electorales: fueron acusadas de «malas costumbres y vida desvencuadas».

Más de tribunales

Antecedentes directos de los raros procedimientos de la justicia soviética fueron las revolucionarias normas procesales instauradas en la época del terror en Francia. La Historia ha recogido divertidamente uno de los más célebres interrogatorios judiciales del llamado tribunal del pueblo. Ante él fué llevado un aristócrata apellidado «De Saint Cyr». Al decir su nombre, el presidente le advirtió:

—Suprima el «des». La República no reconoce los apellidos nobiliarios.

Preguntado nuevamente por su nombre, el acusado contestó:

—Saint Cyr.

—La República es laica. No puede usted llamarse Saint.

—Entonces me llamo Cyr.

—La República no acepta los títulos reales (Cyr se pronuncia lo mismo que sire, señor).

—Pues no tengo nombre. Soy una abstracción.

La sentencia del tribunal fué concebida en los siguientes términos:

«Se absuelve al ciudadano «Abstracción» y se le amonesta para que escoja otros nombres que estén más de acuerdo con los ideales revolucionarios.»

Regalos de boda

La próxima boda de la princesa Isabel de Inglaterra lleva, en catarata irresistible, al palacio de Buckingham regalos procedentes de todos los lugares del planeta. El más valioso de todos los presentes es un collar birmano compuesto de 98 rubíes engarzados en oro y encerrados en una caja de marfil. Los rubíes proceden de las fabulosas minas de Mogok. El barón de Turché-Skadding ha enviado a la novia «una piedra mágica», y con ella un largo informe sobre sus maravillosas cualidades; un gran vaso de plata es el regalo del «maharajá» de Nepal; el Cuerpo diplomático de Londres le ofrece un servicio de mesa de oro, y el Rey Pedro y la Reina Alejandra de Yugoslavia, seis saleros de plata. La literatura está también representada en los presentes principescos: el poeta John Massfield ha enviado a la real pareja un largo poema epitalámico encuadrado en terciopelo blanco; Churchill les ofrece su «Crisis mundial» en seis volúmenes ricamente encuadrados, y Félix Cassel y Clifford Smith, hermosas ediciones de «El diario de Samuel Pepys» y de la «Historia del palacio de Buckingham». Por su parte, Eisenhower y su esposa han enviado a la princesa y al teniente Mountbatten un cenicero en forma de anillo de boda.

Desheredación

Un jurado integrado por ocho hombres y cuatro mujeres ha desheredado solemnemente en la ciudad de Los Angeles a dos perros «setters» que habían heredado de su amo, R. Bainbridge, la suma de 30.000 dólares. La causa jurídica de esta medida se basa en el hecho de que Bainbridge les había dejado esta suma en la creencia de que los perros podían hablar.

La determinación del tribunal de Los Angeles ha despertado innumerables protestas en los Estados Unidos. La historia de los gatos y perros parlantes ha vuelto al primer plano de la actualidad. Se aduce en contra de la sentencia que hace muy poco vivía en Inglaterra un perro llamado «Ben», el cual poseía, según un redactor del «Daily Mirror», una voz de «barbano profunda y rica», y que recientemente ha muerto en Londres el famoso gato «Wendy», que colaboró con una frase que decía «No hay «dique frente al mar» en las emisiones de la B. B. C.

Muertos en guerra

Las últimas estadísticas de Inglaterra, Estados Unidos y Francia sobre los muertos en las batallas de la pasada guerra arrojan un balance favorable respecto al número de víctimas de la contienda de 1914 a 1918. Francia soportó en la primera guerra una pérdida de 1.427.000 vidas humanas, mientras que en la terminada en 1945, la cifra de sus muertos no rebasó el cuarto de millón. Los datos oficiales de Inglaterra y sus dominios arrojan los siguientes resultados: en la campaña de 1914 a 1918, el Imperio perdió 966.230 hombres; en la guerra última, sus muertos ascienden a 301.202. Los Estados Unidos, aunque absolutamente han cuadruplicado casi la lista de sus bajas totales de la primera guerra, relativamente el número de sus muertos ha sido muy inferior. Casi 80.000 soldados americanos perecieron en los campos de Francia en 1918; en los treinta y dos meses de la última guerra murieron 371.830 norteamericanos.

Alemania, en cambio, ha doblado casi sus bajas totales; en la primera guerra mundial tuvo 1.834.524 muertos; en la segunda, las cifras oficiales del Cuartel general de Hitler hacen ascender la mortalidad del Ejército alemán a 4.200.000 soldados.

La relación de muertos a heridos en la última guerra ha sido de 1 a 3. En la conflagración anterior, el 8 por 100 de los heridos murieron en los hospitales; en ésta, solamente el 3 por 100.

La muerte de la Luna

La revista de la Rocket Society—organización americana que patrocina excursiones a la Luna—ha publicado recientemente un artículo de un astrónomo de Chicago, según el cual es posible que la muerte de la Luna fuera debida a una guerra atómica interplanetaria en una época remotísima de la Historia. Los cráteres que se observan en la superficie del satélite terrestre pueden muy bien—dice—ser efecto de las explosiones atómicas, que terminaron con todos los vestigios de la vida científica. Otro hecho que apoya esta teoría es el de que la Luna se halla envuelta en un espeso sudario, similar a las nubes de partículas radiactivas que se formaron en Nagasaki, Hiroshima y Bikini. Ello obliga a creer—según la andar organización interplanetaria de Chicago—que la pálida Selene no pasó por las tres fases normales biológicas—nacimiento, desarrollo, muerte—, sino que algún fenómeno desconocido le causó violento e inesperado fin.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un semestre 48 pesetas

Un año 96 »

Número suelto 4 »

Aparece los días 1 y 15 de cada mes

Administración:

ALFONSO XI, 4 MADRID